MUSEO UNIVERSAL.

PERIÓDICO

DE CIENCIAS, ARTES, LITERATURA, INDUSTRIA Y CONOCIMIENTOS UTILES.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

EN MADRID.—Un año 25 pesetas; seis meses 13; tres meses 7.—EN PROVINCIAS.—Un año 28 pesetas; seis meses 15; tres meses 8.—PORTUGAL.—Un año 5,600 reis; seis meses 3,200; tres meses 1,800.—EXTRANJERO.—Un año 35 francos; seis meses 18; tres meses 10.

AÑO XIV.—NÚM. 18.

Agosto 25 de 1870.

Editor y director, D. Abelardo de Cárlos.

ADMINISTRACION CALLE DEL ARENAL, NÚM. 16, MADRID.

PRECIOS DE LA SUSCRICION.

HABANA Y PUERTO RICO.—Un año, ps. fs. 7,50; seis meses 4,50; —Números sueltos, fijan el precio los Agentes.—FILIPINAS Y DEMAS AMERICAS.—Un año ps. fs. 10; seis meses 6.—Números sueltos, fijan el precio los Agentes.

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica de camino, por Julio Nombela.—Francia y Prusia, por don J. Selgas.—Facsímile del tratado secreto.—El mariscal Lebœuf.—Poetas hispano-americanos: Don Felipe Pardo Aliaga, por don Manuel Cañete, de la Academia Española.—El general Trochu.—El general Cousin de Mantauban, conde de Palikao.—El general Ladmirault.—Sarbruck.—El baron de Moltke.—Orígenes del conflicto franco-prusiano (1866-1869), continuacion, por J. M. y L.—Campamento prusiano en las cercanías de Saint-Avold.—La fé del amor, continuacion, por don Manuel Fernandez y Gonzalez.—Arresto del corresponsal de un periódico francés.—Episodios de la guerra.—Advertencia.—Anuncios.

GRABADOS.—El mariscal Lebœuf, ex-ministro de la Guerra en Francia.—Trochu, general en jefe de las fuerzas encargadas de la defensa de París.—El conde de Palikao, actual Presidente del ministerio francés.—El general Ladmirault, jefe del 4.° cuerpo del ejército francés.—La Guerra: Vista general de Sarbruck.—Conduccion al cuartel general del mariscal Bazaine de dos oficiales prusianos, aprisionados en una aldea cerca de Mosela despues de la batalla del 15.—Soldados prusianos.—El general baron de Moltke, ministro de la Guerra y jefe de Estado Mayor del ejército prusiano.—Avanzada exploradora prusiana en las inmediaciones de Gravelote.—Campamento prusiano en las cercanías de Saint-Avold.—Aspecto del boulevard Montmatre al saberse en París la derrota de los franceses en Forbach.—Arresto del corresponsal de un periódico francés.

HOJA SUELTA.—Facsímile del proyecto del tratado secreto entre Napoleon y Bismarck.

CRÓNICA.

DE CAMINO.

Actitud de la Francia.—Patriotismo.—El príncipe Federico Guillermo y su opinion sobre la guerra.—Otro dato más.—El emperador y sus intenciones.—Un episodio en San Juan de Luz.—Un concierto en favor de los heridos.—La religion.—Fiestas en San Sebastian.—Una conversacion.—Un deseo.

Despues de una semana de viajes y de emociones me he recogido en San Juan de Luz.

Aqui la vida es apacible, serena, tranquila.

Voy á coordinar mis recuerdos.

Los combates desfavorables, pero gloriosos para Francia, han despertado en todos los franceses un patriotismo admirable.

No hay quien no contribuya á la defensa de la nacion.

Los jóvenes se alistan; los soldados que han servido olvidan la licencia absoluta y corren á luchar bajo la hermosa bandera de la pátria; los inválidos se prestan á ser enfermeros, y todas las familias acomodadas, no solo contribuyen á aumentar la suscricion en favor de los heridos, sino que ofrecen á estos infelices camas en sus casas, asistencia, cuidados.

¡Oh! este espectáculo doloroso por los sacrificios que representa es consolador.

Hombres, ideas, recursos, todo se ofrece ante el altar de la pátria y cuarenta millones de habitantes aparecen unidos, compactos, como un solo sentimiento, como un solo deseo.

Ignoro cuál será el desenlace de esta lucha gigantesca; pero cualquiera que sea, puede asegurarse que la Francia no será vencida.

La dinastía, el gobierno, podrán perecer: la nacion vivirá y aumentará su gloria.

—Salvemos ahora á la Francia; despues pediremos cuentas á los que nos han puesto al borde del precipicio.

Lo que parece cierto es que el gobierno obró con gran lijereza: declaró la guerra á una nacion poderosa sin contar con los elementos indispensables para asegurar el triunfo.

—Francia, me ha dicho un francés estos dias, ha debido llevar desde el primer momento á la frontera setecientos mil hombres: cada año pide el gobierno cien mil, y el servicio dura siete años; pero por lo visto el importe de los quintos que redimian su suerte, en vez

EL MARISCAL LEBŒUF, EX-MINISTRO DE LA GUERRA EN FRANCIA.

de emplearse en soldados se empleaba en otra cosa.

Acaso por esto se ha querido llevar á la barra al mariscal Lel œuf.

Merece ser conocida la conversacion que Chabrillart, corresponsal del *Figaro* en el teatro de la guerra, tuvo con el príncipe Federico Guillermo, cuando, hecho prisionero por los prusianos el dia 7, fué conducido á su presencia.

«El príncipe heredero de la corona de Prusia, dice en una de sus correspondencias, es un hombre de elevada estatura, delgado, de fisonomía tranquila y plácida, pero en la curva de su nariz aquilina y en la vivacidad de su mirada, descubre la energía, la decision de su alma.

Una abundante barba rubia dulcifica la viril espresion de su rostro, y afecta una gran sencillez, una gran modestia en sus maneras y en sus conversaciones.

Cuando le vi, vestia un uniforme negro con cuello y vivos encarnados sin galones ni entorchados: en la cabeza llevaba un kepis negro, y los galones indicaban su gerarquía en el ejército.

Habla francés con gran pureza, y al verme me dijo:

—¿Sabe usted el aleman?

—No, príncipe, contesté.

—Lo siento, porque me hubiera gustado que hubiera usted oido hablar á los prusianos de los soldados franceses, y hubiera usted tenido ocasion de oir su elogio de los lábios de sus enemigos.

—Doy gracias á vuestra alteza por esa apreciacion.

—¡Oh! es merecida. . todos hemos admirado la tenacidad y el valor de todos vuestros soldados.

Despues, con los mayores miramientos y hasta escusándose, nos anunció que sus tropas habian hecho 4.000 prisioneros, cogido 30 cañones y apresado dos banderas.

—Entre los prisioneros, añadió, se encuentra el general Raoult. Esta mañana he ido á verle á Reishoffeim y temo por su vida. Es un valiente, y me he encargado de dar noticias suyas á su familia.

—Tambien los otros prisioneros tienen madres y esposas, me atreví á decir.

—Ya he pensado en ello, y he dispuesto que les faciliten los medios de escribir: sus cartas serán enviadas á nuestro cónsul en Ginebra, y él se encargará de hacerlas llegar á su destino.

—Príncipe, doy á vuestra alteza las más espresivas gracias en nombre de las familias de esos desdichados.

—¡Oh! esclamó Federico Guillermo, yo detesto la guerra, y si algun dia ocupo el trono procuraré evitarla á toda costa. Y sin embargo, á pesar de mi amor á la paz, esta es la tercera campaña que me veo obligado á hacer á pesar mio. Ayer mismo despues del combate visité el campo de batalla. ¡Qué horroroso espectáculo! Si de mi dependiese, ayer mismo, despues de satisfecho con el triunfo el honor de mi nacion, hubiera terminado la guerra. Vuestros ministros y vuestro emperador son los que la han querido, nosotros no. Y sin embargo, el emperador me ha dado muchas pruebas de afecto. La última vez que le vi en las Tullerías, el 12 de enero, me dijo: «Tengo un nuevo ministro.» Era Ollivier, que es causa de esta guerra.»

El mismo Chabrillart, hablando poco despues con Mr. Solms, antiguo secretario de la embajada de Prusia en Paris, le oyó decir:

—El rey no se habria negado á recibir á Mr. Benedetti; al contrario, al abandonar á Ems le mandó á decir que esperaba estrechar su mano á las tres de la tarde en la estacion. Debia suponer que Mr. Benedetti, comprendiendo que los reyes cuando toman los baños para restablecer su salud no se ocupan de los asuntos, habria ido á Berlin á conferenciar con Mr. de Bismarck. Nadie en Prusia deseaba la guerra, pero pues la Francia la ha querido, es necesario que de esta hacha renazca una paz duradera.

Todo hace creer, en efecto, que, si bien Prusia se preparaba á pelear, era por precaucion, no deseando medir sus armas con la Francia.

La opinion general entre todas las personas sensatas, es que la guerra se habria evitado fácilmente.

—Napoleon, dicen, ha querido asegurar su dinastía; despues de preguntar al sufragio universal, ha visto que era poca la fuerza que el sufragio le daba; creyendo á sus ministros, pensó que volveria del Rhin con un ejército victorioso y formidable; que con este prestigio podria terminar su carrera abdicando en su hijo, y esta es la causa de la guerra.

No faltan personas miopes que atribuyan la culpa al gobierno español, y esto esplica la actitud hostil que en algunos pueblos de la frontera se manifiesta contra nosotros.

Sin ir más lejos, el dia 15 ocurrió en San Juan de Luz un suceso que pudo producir un conflicto.

Se recibió un telegrama favorable al ejército francés; el pregonero, despues de los tres toques de corneta, lo leyó, y las personas que formaban el grupo saludaron las noticias con un viva á la Francia.

Entre los oyentes habia un español, muy conocido en la buena sociedad madrileña y muy apreciado aquí, no solo por sus compatriotas, sino por los franceses, á quienes no oculta las simpatías que le inspira su causa.

Como todos, quitándose el sombrero, respondió al viva.

Uno de los circunstantes, industrial de San Juan de Luz, que debe parte de su fortuna á los españoles, y que, por añadidura, tiene comercio en San Sebastian, se dirigió á él, y con malos modos le intimó á que gritase ¡viva la Francia!

—Ya lo he dicho, contestó el español, y volveré á repetirlo con gusto; pero ¿por qué se dirige usted á mí?

No debia ser esto por *razon*, sino por falta de *razon*, puesto que el industrial gritando:

—¡Este hombre es un espía! Dése usted preso en nombre de la ley, dió lugar á que todos los presentes acometieran á nuestro compatriota y le llevaran á la alcaldía, en medio de grandes gritos y acusaciones calumniosas.

Por fortuna, no habia en la plaza ningun español, y digo por fortuna, porque de hallarnos allí hubiéramos acudido á la defensa de nuestro compatriota y hubiéramos producido un conflicto.

El alcalde, y todo el pueblo en masa, condenó el atentado, y nuestro amigo, despues de recibir toda clase de satisfacciones, fué visitado por las personas mas caracterizadas.

La verdad es que el espíritu general de los franceses para con nosotros es bueno; pero en los dias de fiesta, la ociosidad y el zumo de las viñas hacen á algunos olvidar las conveniencias.

He contado el suceso con todos sus detalles para que no le den los periódicos políticos proporciones exageradas.

La colonia española de San Juan de Luz ha logrado con su conducta circunspecta que la poblacion una á sus gritos de ¡viva Francia! el de ¡viva España!

En la noche del 16 se improvisó un concierto en favor de los soldados franceses heridos.

Esta manifestacion agradó en estremo á todos.

En ocho ó diez horas, el pianista navarro, don Luis García, y el aficionado cubano don Francisco Sobrino, organizaron con el presidente del casino, Mr. Eydoux, un brillante concierto.

A las doce de la mañana no habia más que dos pianistas.

Los organizadores recorrieron las calles; al pasar por una de las de Ciboure oyeron una voz de barítono.

Acto continuo subieron á la casa, y se hallaron en presencia de un jóven francés.

Le esplicaron su pensamiento y les prometió su concurso.

Una lluvia copiosa impidió á muchas damas ir al concierto: sin embargo, se trataba de demostrar á los heridos de Francia nuestras simpatías y no faltó una numerosa y escogida concurrencia.

En el concierto tomaron parte las señoras Amor y su hija, las señoritas Triviño, Laborde, Cortés, Ottin, Norzagaray; Madama Sancioli cantó admirablemente la *Marsellesa*; Mr. Datané ejecutó dos piezas en el cornetin de piston de una manera magistral; Monsieur Paxolls cantó con magnífica voz y sentimiento dos romances, y nuestras compatriotas antes citadas hicieron prodigios en el piano. Los organizadores del concierto, García y Sobrino, lucieron tambien sus habilidades en el piano y la flauta.

Francia y España fraternizaron.

La colecta fué abundante, y se continuará segun mis noticias.

La música me recuerda la impresion que recibí el dia de la Asuncion en la catedral de Bayona.

El dia 15 es la gran fiesta de la Francia: este año, suspendidas las funciones, era un dia triste.

Los espectáculos, las banderas, las músicas, la alegría de otros años habian desaparecido.

Era dia de recogimiento, de oracion.

Asociándome al sentimiento general, fuí al templo.

¡Qué devocion, qué fé en todos!

Los sacerdotes, acompañados por los acordes del órgano, elevaban al cielo sus preces y pedian con fervor la salvacion de la Francia.

Los fieles unian sus oraciones á aquel cántico, y era sublime el espectáculo que se ofrecia á mi imaginacion.

¡Los soldados batiéndose por la pátria; sus madres, sus esposas, sus hermanas orando por ellos!

¡Y hay quien cree que se puede vivir sin religion!...

Hablemos de la amnistía española.

Esta medida del gobierno ha producido gran sensacion entre los emigrados.

La esperanza de poder volver á pisar el suelo de la adorada España ha llenado de júbilo los corazones, y todos los dias parten numerosos españoles, ansiosos de volver al hogar y hallar en él las perdidas venturas.

¡Si esto significase que las luchas de los partidos habian terminado, con qué júbilo saludaria España el perdon!

Pero ¡ay! ¡la enfermedad que padecemos, aliviada un momento, se agravará de nuevo!... ¡Más vale no pensar en esto!

Traspasemos la frontera, y despues de soportar con paciencia una hora de espera en Irun, volemos á San Sebastian.

Imposible es formarse una idea de la animacion que allí ha reinado durante las fiestas; las corridas de toros despertaban una viva curiosidad, y antes de que se empezase á construir la plaza, lo cual ha sido obra de quince dias, ya se habian comprado palcos y gradas en Biarritz, Bayona, y hasta Burdeos.

Lo menos cuarenta mil forasteros habian acudido á las fiestas. ¡Y qué trajes! ¡qué prendidos! ¡qué joyas!

Los paseos, el teatro, el circo, el palacio Indo, la Cursaall, todo estaba lleno.

Bailes aquí, conciertos acullá, conversaciones animadas, encuentros inesperados, tropiezos involuntarios, chistes picantes, esclamaciones cándidas... yo no he visto nunca un oleaje más grande de mujeres hermosas, de trajes riquísimos, de piedras preciosas, que el que en tan reducido espacio ha ofrecido á mi vista San Sebastian.

¡Aquello era un delirio, una locura!...

El miércoles me volví á Biarritz.

Mi buena suerte me colocó en un wagon al lado de siete señoras: yo era el único varon . casi, casi, tuve miedo.

Las elegantes damas hablaban de los placeres de la perla del Océano.

—Aquello es insufrible, decia una.

—¡No se puede vivir!

—Es necesario vestirse cuatro veces al dia, y no hay fortuna que resista tanto lujo.

—Parece que estamos todas en competencia.

—Hay mujer que se pone al dia en dos ó tres veces tres ó cuatro mil duros.

—La concha es magnífica, pero la poblacion...

—La nueva pase, pero la antigua...

—Yo voy á Indo por las noches; ¿y ustedes?

—Á la Cursaall.

—Me han dicho que allí no se hace más que lo que quiere la generala...

—Pues... si baila su hija, bailan todas; si no baila, permanecen sentadas.

—¡Eso es demasiado!

—¿Y ustedes no saben lo que sucedió en Indo la otra noche á la señora de?...

Al llegar aquí se detuvo el tren.

—¡Biarritz! gritó el empleado.

Las señoras seguian á Bayona, y yo tuve que abandonarlas sin oir el suceso.

Desde Biarritz me he venido á descansar unos dias á San Juan de Luz.

La Francia está más animada: la guardia móvil de este departamento ha suspendido su viaje.

Deseo por momentos oir el grito de paz; pero me temo que mucho antes firmaré ya en Madrid mis crónicas.

JULIO NOMBELA.

FRANCIA Y PRUSIA.

No era para nadie un secreto que en un dia cada vez más próximo habian de chocar violentamente en las orillas del Rhin el orgullo francés y la ambicion de Prusia. La guerra entre ambas naciones era un caso previsto, y sin embargo, el rompimiento ha venido á llenarnos de profunda sorpresa: hemos recibido el anuncio de la guerra con el pavor que infunden los desastres inesperados y la astuta diplomacia europea, tan sorprendida como nosotros, se ha encontrado con la guerra encima sin acertar ni á impedirla ni á aplazarla. ¿No ha podido ó no ha querido hacerlo?

En honor de la verdad, la misma razon política es la que mueve á ambas naciones á una lucha en que pretenden aniquilarse: el principio de las nacionalidades que oculta hipócricamente el hecho de las anexiones, acaba con el imperio. Niza y Saboya le cuestan ya á la Francia la Alsacia y la Lorena. Es una liquidacion sangrienta, con que Francia empieza á pagar sus enormes deudas.

El resultado de esta guerra, en que luchan el pueblo más belicoso de la tierra y la nacion más militar de Europa, es la caida del imperio, porque á la hora en que escribimos estos renglones, si Francia puede sacar del espanto que la domina la desesperada energía necesaria para sostener el honor de su nombre, lo que es el imperio se encuentra sériamente comprometido. El ejército francés, vencido delante de Mezt, casi cortado por enormes masas de prusianos, intenta retirarse apresuradamente á Chalons, donde reconcentrándose, puede esperar el éxito de una batalla formidable. Despues de Chalons tiene á Paris; pero ¿á dónde se retira Napoleon III vencido en el Rhin por los prusianos y derrotado en Paris por el Cuerpo legislativo?

Para la destruccion del primer imperio fué necesaria la alianza de Europa, para la caida del segundo imperio ha bastado Bismarck.

Y no se puede decir que Napoleon no ha sido precavido, pues, militarmente hablando, ha llevado al Rhin todos los adelantos con que la civilizacion moderna ha perfeccionado los instrumentos de matar: el fusil Chassepot, las ametralladoras... Ha llevado un ejército formidable, ha llevado su propia persona y su propio hijo, ha llevado los mejores generales de Francia, las glorias de Crimea y las glorias de Italia: diplomáticamente, ha llevado la neutralidad de Europa y se ha querido asegurar las simpatías de Italia con el abandono de Roma. Políticamente, ha llevado á la guerra el prestigio del último plebiscito, la mayoría del Cuerpo legislativo, la *Marsellesa* y los principios de 1793. Pero la fortuna es loca, se ha decidido por los prusianos, y todo ese tren de campaña militar, diplomático y político, lo ha deshecho Bismarck; Bismarck, ministro de un rey de *derecho divino*, político audaz, que ha metido á los parlamentos en un puño, disolviéndolos una vez, y otra vez, y otra vez; que, ¡oh irrision! hace ayunar al pueblo en la víspera de la campaña, que hace empuñar las armas en nombre de Dios, de la pátria y del rey.

Cosa verdaderamente admirable: el ministro de un Estado protestante es el que conmueve á la Alemania y levanta á la Prusia como un solo hombre y la arroja contra el imperio, que lleva la bandera de la civilizacion moderna, el principio del libre exámen, el sufragio universal, la *Marsellesa* y los derechos del hombre.

Ciertamente, no es la guerra de Francia y Prusia una guerra de principios, es pura y simplemente una guerra de ambiciones. Es Prusia que quiere el imperio de Alemania, es Francia que quiere el imperio de Europa. Más ¿qué sucede?

Cualquiera que sea nuestra opinion acerca de la política personal del imperio, no se puede desconocer que Napoleon III ha favorecido el desarrollo de los principios modernos, siendo el primer revolucionario de Europa. Ha sostenido el órden material en Francia, y ha sostenido el desórden moral en todas partes. Si Luis Felipe corrompió á Francia, Napoleon III ha corrompido á Europa. No será, pues, justo negarle lo que le debemos. Por de pronto el triunfo de la revolucion en Italia solo á Napoleon se le debe. Lo mismo en Francia, que en Italia, que en España, la revolucion es su obra. Pues bien: el imperio revolucionario, por su origen, por su naturaleza y por su esencia, que invoca los principios del 93 y canta la *Marsellesa* al entrar en campaña con los prusianos, se encuentra solo; lo abandona la Francia revolucionaria, la Italia revolucionaria, la España revolucionaria; al abandonar á Roma, parece que lo abandona el mundo, y con más ó menos júbilo, con más ó menos indiferencia, vemos al ejército imperial retirarse acosado y retroceder perseguido por la caballería hulana, esto es, casi por los cosacos.

He ahí un fenómeno incomprensible. La revolucion en Italia quiere á Roma; la revolucion en Francia quiere la república; la revolucion en España, hablando ingénuamente, no sabe lo que quiere; más ¿por qué la revolucion en Francia, en Italia y en España, celebra las derrotas del imperio? ¿Qué espera del triunfo de la Prusia? ¿No es probable que vencida Francia deshaga la Prusia victoriosa toda la obra del imperio en Francia, en Italia y en España? Y si sobreviene un Congreso europeo, ¿quién asegura que detrás del segundo Waterloo no hay unos tratados semejantes á los del año 15? ¿Quién habia de impedirlo? ¿la pobre España? ¿la infeliz Italia? ¿la vencida Francia? Inglaterra lo miraria sin enojo, Austria lo llevaria con paciencia, Rusia lo veria con gusto. La revolucion al perder el imperio, que ha sido su apoyo puede muy bien perderlo todo. Y, sin embargo, celebra los triunfos de Prusia, sin duda porque: *quos Deus vult perdere prius dementat*.

En los últimos dias de su vida, decia Napoleon I: «Dentro de cincuenta años, Europa será republicana ó cosaca.» Si estas palabras son una profecía, al cumplirse el plazo, más cerca está Europa de ser cosaca que de ser republicana.

Al declararse la guerra entre Francia y Prusia, surgió en todos los ánimos el temor de una guerra general; pero este temor ha empezado á disiparse. La soledad en que se encuentra el imperio, la fria neutralidad de las naciones que podian estender el azote de la guerra, hacen concebir la esperanza de que esta terrible contienda terminará en Chalons; porque no es de presumir que los prusianos victoriosos lleven sus triunfos á los muros de Paris: les basta con derrocar el imperio para cambiar la faz de Europa.

Entre tanto dos pueblos civilizados, provistos de todos los medios de destruccion que los adelantos del siglo les proporciona, se despedazan horriblemente con mucha más perfeccion que pudieran hacerlo dos pueblos salvajes. Apenas ha empezado la lucha, y ya hay próximamente cincuenta mil hombres fuera de combate.

La precision destructora de las armas que usan los ejércitos modernos, dan á las guerras de este siglo un aspecto más sombrío y más horrible, las hacen más feroces y menos gloriosas; los soldados no van á ellas á pelear, sino á morir; van á ahogar la voz precipitada de los cañones con masas enormes de carne humana. ¿Cuántos hombres puede matar un fusil en un minuto? Hé ahí la táctica. La rapidez asombrosa de los disparos ha suprimido los valientes y los cobardes, porque no dan tiempo ni para huir ni para acometer, no hay más que el tiempo preciso para caer; en estas guerras, herir es matar: no pelea el valor, pelea el número.

El siglo XIX es el siglo de la civilizacion y del derecho, pero es tambien el siglo de las armas perfectas y el siglo de las guerras sangrientas. Pocos siglos hay en la historia que hayan costado tanta sangre como el siglo presente.

Mas sea el que quiera el resultado definitivo de la guerra, bien complemente Prusia sus triunfos con una victoria en Chalons, bien se rehagan los franceses, y por un esfuerzo supremo rechacen á los prusianos hasta las orillas del Rhin, Prusia quedará arruinada y Francia destruida, porque sea la que quiera la que triunfe, la victoria ha de costar muy cara. Así es, que la diplomacia europea no se apresura á contener los estragos de la lucha. Austria es la que tiene más interés en detener la carrera triunfal de Prusia; pero sus clamores no encuentran eco ni en el egoismo mercantil de Inglaterra, ni en la sorda y tenaz política de Rusia. Además, el imperio se ha hecho antipático. Rusia no puede perdonarle la guerra de Crimea. Austria misma lo detesta desde la guerra de Italia, y la Inglaterra tendrá mucho gusto en ofrecer á Napoleon III una cordial hospitalidad, una hospitalidad enteramente inglesa.

¿Pero dejarán estas naciones que se levante en Alemania el poder amenazador de la Prusia triunfante? Lo primero que hay que averiguar es cómo quedará el poder material de Prusia despues de la guerra. Y verdaderamente no se pueden hacer en este punto cálculos muy lisonjeros. Ya empiezan á sentirse en los Estados del rey Guillermo los primeros síntomas de una creciente miseria. Allí donde todo súbdito capaz de manejar un fusil es soldado, la guerra por poco que dure tiene que ser desastrosa. Al volver el ejército vencedor, volverá horriblemente diezmado, y si de Francia lleva la victoria, en Prusia encontrará la miseria.

No hay, pues, un motivo urgente que obligue ni á Rusia ni á Inglaterra á pedir la paz. Lamentan que dos naciones tan poderosas se destruyan en una guerra sangrienta; pero en realidad ¿qué perjuicios les trae el que una y otra se aniquilen? Todavía no se ha visto á una nacion de luto por la muerte de otra, aunque haya sido su más íntima amiga.

Por de pronto tenemos la guerra, una guerra tremenda con ejércitos monstruosos y con medios de destruccion cultamente salvajes, refinadamente bárbaros, en que se encuentran en lucha la Alemania tradicional y la Francia del 93; el derecho divino del rey Guillermo y el sufragio universal de Napoleon III. Tenemos una guerra injusta, pero sin duda alguna necesaria. La paz la dará la victoria y Dios solamente dispone de ella.

Al llegar aquí nos encontramos con que el ejército francés ha sido nuevamente derrotado y cortadas las comunicaciones con Paris: ya no queda ni la esperanza de Chalons. ¿Qué va á ser de Francia, de Italia y de España? No tardaremos mucho en verlo.

J. Selgas.

FACSÍMILE DEL TRATADO SECRETO.

Con el presente número repartimos á los señores suscritores de La Ilustracion Española y Americana una reproduccion del proyecto de tratado que la cancilleria de la Alemania del Norte dió á luz hace pocas semanas en los periódicos ingleses, denunciando los planes de absorcion territorial que suponia en el imperio francés contra sus vecinos los belgas. Este documento, curiosísimo por su fondo y por su forma, que estuvo destinado á la más profunda reserva, pasa hoy á manos del público como una de las armas más formidables que se han empleado en el precipio de la guerra desastrosa que actualmente sostienen Francia y Prusia. Bajo este aspecto, pues, esperamos que nuestros suscritores nos agradezcan los dispendios que hemos hecho para adquirirlo y publicarlo, como seguiremos haciéndolo con cuantas cosas atraigan el interés público en las circunstancias presentes.

EL MARISCAL LEBŒUF.

Edmundo Lebœuf nació en 1809, y desde sus primeros años manifestó una decidida aficion á las ciencias exactas, que le condujo á la escuela politécnica, donde se hallaba en 1830, en compañía de Bosquet, Charras y otros muchos personajes despues célebres. Como la mayor parte de sus camaradas, tomó una parte activa en la revolucion de julio, mostrando el uniforme de la escuela en los puntos donde era más viva la batalla.

Mientras que Bosquet dirigia el ataque del Louvre, defendido por los suizos, Lebœuf, al frente de una banda popular, atacaba el cuartel del muelle de Orsay, que era el cuartel central de los guardias de corps.

Dedicado á la carrera de las armas, estuvo en la escuela de aplicacion de Metz, y cuando salió de ella, pidió un puesto en los regimientos de artillería del ejército de África. Su actividad y génio belicoso no se prestaban á la vida ociosa de guarnicion, y, por otra parte, deseaba Lebœuf mostrar en los campos de batalla las buenas dotes militares que poseia en alto grado.

En 1837 era ya capitan, y se distinguió notablemente en la segunda espedicion á Constantina; su nombre figuró despues en la toma de la plaza, al lado del de Niel, en la órden del dia dirigida al ejército. Pero la guerra de África no era favorable á las armas

especiales, y por esta circunstancia tenian que abandonarlas los que, sirviendo en ellas, querian participar de los triunfos de Lamoriciere, Cavaignac y Bosquet. Lebœuf no siguió el ejemplo de muchos de sus compañeros, y permaneció sirviendo en el arma de artilleria.

TROCHU,
general en jefe de las fuerzas encargadas de la defensa de París.

Ascendido á oficial superior, aceptó la segunda jefatura de la escuela politécnica, que ejerció desde 1848 hasta 1850.

En 1852 fué nombrado coronel, y se adhirió desde un principio al gobierno imperial, siendo uno de sus más ardientes defensores.

EL CONDE DE PALIKAO,
actual presidente del Ministerio francés.

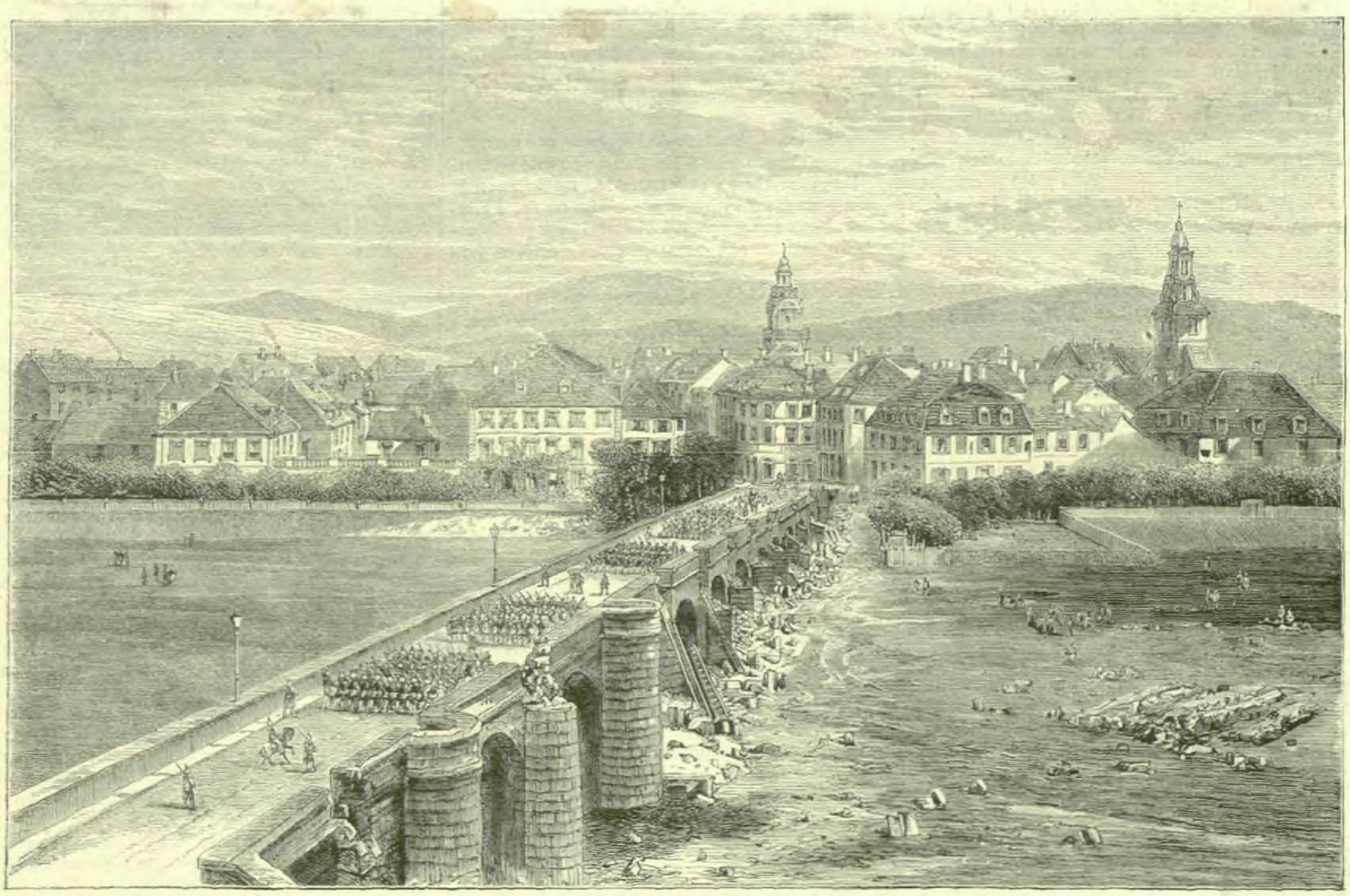
Cuando estalló la guerra de Crimea, el coronel Lebœuf fué destinado á mandar la artilleria, y le hicieron general en 24 de noviembre de 1854. Su nombre aparece frecuentemente en la historia del memorable sitio de Sebastopol, en el que se condujo con bizarria y dió muestras de gran inteligencia en el arte de la guerra.

En 31 de diciembre fué ascendido á general de division, y con este grado se encargó del mando de la artilleria durante la campaña de Italia, distinguiéndose en la batalla de Solferino, en la que la artilleria rayada hizo gran destrozo en las filas enemigas. Su buen comportamiento en los combates le hizo acreedor á las recompensas que obtuvo, siendo nombrado oficial de la Legion de honor, ayudante de campo del emperador, y miembro de la junta de artilleria en el ministerio de la Guerra. Su reputacion era ya grande, hasta el punto de que ningun alto puesto de la milicia era considerado superior á sus méritos.

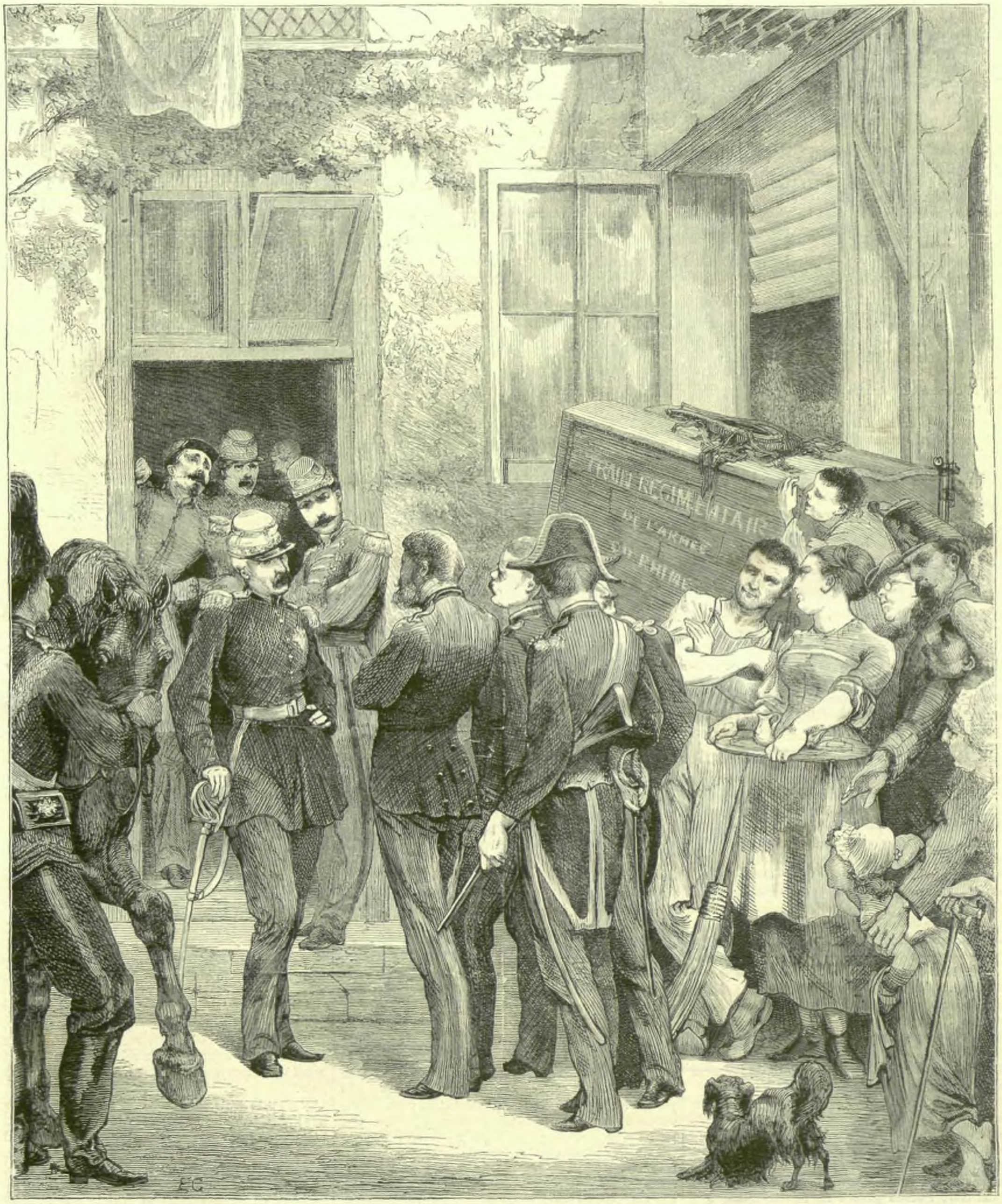
Durante la desastrosa campaña de 1866, y debiendo Austria ceder á Francia las provincias de Venecia,

EL GENERAL LADMIRAULT,
jefe del 4.º cuerpo de ejército francés.

para que esta última nacion fuese dueña del Véneto durante algunas semanas antes de retrocederlas á Italia, y mientras los austriacos terminaban la evacuacion, se confirió á Lebœuf la comision especial de recibir del Austria aquel territorio. Este general desempeñó su cometido con la mayor delicadeza y pruden-



LA GUERRA.—VISTA GENERAL DE SARBRUCK.



LA GUERRA.—CONDUCCION AL CUARTEL GENERAL DEL MARISCAL BAZAINE DE DOS OFICIALES PRUSIANOS HECHOS PRISIONEROS EN UNA ALDEA CERCA DEL MOSELA DESPUES DE LA BATALLA DEL 15.

cia, guardando las conveniencias que debian guardarse, y procediendo con circunspeccion y buen acierto.

Posteriormente se le destinó á mandar el sesto cuerpo de ejército, acantonado en Tolosa, donde supo adquirir muchas simpatías por sus brillantes cualidades.

En 21 de agosto de 1869 fué llamado por el emperador para desempeñar el ministerio de la Guerra, en reemplazo del mariscal Niel, pues le consideró digno de ocupar este elevado puesto, en atencion, no solo á su pericia y valor, sino á los profundos conocimientos que posee de todos los ramos del servicio, y á su espíritu reformador, alimentado por detenidos estudios especiales.

No es tiempo de que podamos juzgar sus actos como ministro de la Guerra, pues los graves y recientes sucesos que preocupan hoy á la Francia, impiden el esclarecimiento de los hechos; por otra parte, la pasion de los partidos, solo nos suministrarian datos muy contradictorios.

Como orador, no ha justificado las dotes oratorias que se le atribuian.

La guerra franco-prusiana le condujo á las fronteras, ascendido á la categoría de mariscal y como jefe

Estado mayor de los ejércitos franceses; pero los escalabros que ha sufrido la Francia en sus primeros encuentros con los prusianos, dieron motivo á la dimision que ha hecho últimamente el mariscal Lebœuf del cargo que se encomendó á su pericia militar. Esta dimision le ha sido aceptada.

Mas á pesar de que son honrosos los antecedentes del mariscal Lebœuf, hoy se halla oscurecido su nombre y se olvidan sus méritos antiguos, para acusarle por los fatales errores que haya podido cometer en la actual guerra franco-prusiana.

La opinion pública censura hoy severamente la desacertada conducta de los mariscales á quienes confió la Francia su independencia y su honra nacional, y de estas censuras se atribuye la mayor parte al mariscal Lebœuf.

El diputado Julio Favre, en la primera sesion del Cuerpo legislativo francés, no vaciló en asegurar que la suerte de su pátria se hallaba comprometida por la insuficiencia absoluta del comandante en jefe.

Otro diputado (Guyot Montpairoux), hablando en la misma sesion de los soldados franceses, esclamó, repitiendo una frase de Napoleon: «Leones conducidos por asnos.»

Por último, á tal estremo ha llegado la desaprobacion de la conducta del mariscal Lebœuf en su reciente campaña, que no ha faltado quien ha pedido se le sometiese á los rigurosos trámites de un proceso. Tal proposicion, hecha por un diputado, no ha sido aprobada por la Cámara.

POETAS HISPANO-AMERICANOS.

DON FELIPE PARDO Y ALIAGA.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS.

I.

La América del Sur puede vanagloriarse de contar en el número de sus hijos á un escritor y poeta de tan relevantes cualidades como Andrés Bello. Maestro en el conocimiento y uso del castellano, el autor de la famosa oda á *La Agricultura de la Zona Tórrida* ha compuesto una de las mejores gramáticas para aprender á escribirlo correctamente, y varias de sus composiciones líricas son acabados modelos de rica, elegante y castiza diccion poética. La semilla arrojada por nuestros mayores en el dilatado hemisferio á que en dias más venturosos llevamos, con el habla hermosa de Castilla, la luz de la civilizacion verdadera, ha enjendrado allí en el terreno literario frutos de muy delicado sabor. Y aunque de treinta años á esta parte se desatiende mucho en aquellos remotos paises el estudio de la lengua española (que desde el descubrimiento y conquista es en ellos idioma pátrio), apareciendo cada vez más viciada en casi todo cuanto allá se escribe, no es posible desconocer que hasta en ese mismo periodo han florecido en las nuevas naciones bañadas por las majestuosas olas del Atlántico y del Pacífico celosos y afortunados cultivadores del bien decir, que cuidan en sus obras de la propiedad y pureza de las palabras, de la castidad y hermosura de la frase.

Uno de los que más se han distinguido modernamente por estas singulares dotes en las turbulentas repúblicas hispano-americanas, ha sido el limeño *don Felipe Pardo y Aliaga*, miembro correspondiente de la Academia Española y honorario de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile.

Nació don Felipe Pardo en la risueña capital del Perú el 11 de junio de 1806; año en que el revoltoso general Miranda, instrumento de naciones que envidiaban la grandeza colonial de nuestro pais, llevó á cabo con éxito desfavorable su primera expedicion destinada á sublevar contra España los pueblos americanos del Sur. Fueron padres de nuestro poeta don Manuel Pardo, regente de la audiencia del Cuzco, y posteriormente en la península ministro de los Consejos Supremos de Guerra y Hacienda y del Tribunal Supremo de Justicia, y doña Mariana Aliaga, hija de los marqueses de la Fuente Hermosa.

Hay hombres á quienes sonrie la felicidad desde el primer sollozo de la cuna, y que ven deslizarse los floridos años de la juventud como en encantados vergeles. Otros, por el contrario, reciben en su frente al nacer el ósculo de la desgracia, y á cada paso que dan en el sendero de la vida tropiezan con nuevos abrojos, que los hieren y ensangrientan más, cuanto es mayor el afan con que de ellos procuran desenredarse. Don Felipe Pardo tuvo la desdicha de ser duramente combatido desde la niñez por los rigores del infortunio. Apenas abrió los ojos á la luz, presentáronse á su vista y causaron honda impresion en su alma las tormentosas y prolongadas luchas de los pueblos sud-americanos por emanciparse de la metrópoli y conquistar su independencia. Aún no contaria Pardo ocho años, cuando arrojaron en un calabozo al autor de sus dias Angulo y Pomacahua. El niño le siguió á la cárcel y no quiso apartarse de su lado. Poco faltó para que presenciara la salida de su buen padre al patíbulo que le destinaba la revolucion (inhumana y feroz como lo son todas) y del que pudo al fin librarse por la piadosa intercesion del obispo y clero del Cuzco.

Las terribles angustias que en tan amargos trances hubo de experimentar el futuro poeta, juguete ya de la adversidad en sus tempranos abriles, empezaron desde muy luego á probar el temple de su espíritu, amaestrándolo en la desgracia y preparándolo á soportar con serena frente los contratiempos que le reservaba la fortuna en el curso de su azarosa existencia. Hijo de aquel varon recto que mientras aguardaba resignado la muerte con que los insurgentes le amenaban, exponia á su soberano con leal franqueza los verdaderos orígenes del movimiento revolucionario y los medios más racionales de combatirlo, en pró de los recíprocos intereses de la madre España y de las insurreccionadas colonias, el tierno niño ni siquiera por un momento desmintió ser rama nacida de tan noble tronco.

Quince años tendria cuando su padre participó al rey Fernando, en 1821, la jura de la independencia del Perú, último baluarte de la dominacion española en la América meridional.

Poco despues la familia Pardo abandonó con dolor aquellas hasta entonces prósperas y sosegadas comarcas, y se entregó á los azares de una larga navegacion, ansiosa de hallar cuanto antes en Europa la tranquilidad y reposo que le negaba el antiguo imperio de los Incas.

De vuelta en Madrid, el probo magistrado se apresuró á confiar la educacion de su hijo Felipe al saber y paternal solicitud del insigne humanista andaluz don Alberto Lista y Aragon, por entonces preceptor y guia de la más granada juventud, y de algunos que, andando el tiempo, han llegado á ser lustre y ornamento de la pátria.

Pardo no fué de los discípulos menos aventajados del gran maestro, aunque entre ellos figuraban jóvenes como Espronceda, Ventura de la Vega, Roca de Togores (hoy marqués de Molins), Ochoa y el actual conde de Cheste, casi todos los cuales han llegado á formar parte de nuestra primera corporacion literaria, y á ser los más compañeros en ella del honrado y discretísimo peruano.

Cerrado el colegio de San Mateo, donde crecian en la aplicacion y el cultivo de las buenas letras, se organizó á la sombra cariñosa del sábio Lista la academia denominada del *Mirto*, para que completasen prácticamente la instruccion teórica recibida en las cátedras del suprimido colegio. Pardo mereció el honor de ser elegido secretario de aquella corporacion, presidida por el maestro mismo.

Conocido el generoso entusiasmo de la gente moza, que aún no habia caido en el precoz é interesable egoismo con que ahora suele mostrarse, sobrepujando por lo comun á la más fria y calculadora vejez, nadie extrañará que hayan sido tan cordiales y permanentes los lazos de cariñosa amistad que unieron á Pardo con sus ilustres condiscípulos del colegio de San Mateo y colegas en la academia del Mirto. Su estada entre estos fué de muy corta duracion. Á pesar de los acerbos dolores que habia experimentado en el pais natal, no se apagaba en su corazon el amor al suelo que le vió nacer; antes iba creciendo y robusteciéndose con los años, aguijoneándole cada vez más el deseo de respirar las nativas auras bajo el frondoso pabellon de los corpulentos árboles que hermosean valles y montes en las ardientes regiones intertropicales. Á ellas tornó á principios de 1828, abandonando (segun dice su hijo y más reciente biógrafo) «por los terrenos volcánicos de América, sus relaciones, su familia, y la arena tranquila de las luchas de la sociedad del Mirto.»

En mala sazon arribó Pardo á las playas peruanas. Apenas establecida la república en aquel antiguo vireinato, y sacudido el que llamaban *yugo* de la metrópoli, comenzó á experimentar el Perú las consecuencias de su ingrato proceder con la madre España, y los naturales efectos de la forma de gobierno adoptada para regirse como nacion independiente. La grandeza y prosperidad con que soñaban algunos ilusos criollos, imaginándose que el cambio de instituciones y de gobierno habia por sí solo de convertir luego la emancipada colonia en una especie de paraiso donde reinasen la paz, el bienestar, la riqueza, todos los elementos en que estriba la dicha y fortaleza de las naciones, pronto se trocaron en enconadas luchas civiles, donde los más audaces logran hoy efímeros triunfos, para caer al dia siguiente arrollados por el denuedo ó por la astucia de otros no menos audaces. Así ha corrido medio siglo, y todavía continúan los austeros patriotas mecidos en cuna de igualdad y fraternidad republicanas, y educados ya expresamente para practicar y hacer fecunda la libertad, desgarrando entre todos el corazon de la pátria, cuyo nombre toman en sus perpétuas é interesadas discordias, para mejor encubrir cada cual su ambicion y codicia y comprometer á los incautos en criminales empresas.

Al llegar de nuevo al Perú con las ilusiones y el fuego propios de un mozo de veintidos años, fácilmente se dejó Pardo arrastrar en la corriente de la patriótica efervescencia que entonces agitaba á la multitud; la cual suele pagar siempre muy caro el irreflexivo ardor con que sigue á sus explotadores, tras el señuelo de seductoras palabras, sin advertir que en vez de labrar su independencia, se hace las más veces instrumento que agrava su esclavitud, y víctima de más insoportables tiranos. El hijo de Pardo, afiliado en el liberalismo peruano más radical, corrobora esta observacion cuando afirma en el prólogo á las *Poesías* de su padre, que este, no solo habia participado á su arribo del entusiasmo general en la naciente república, sino escrito composiciones poéticas alusivas á las circunstancias y recitadas en el teatro, «profetizando la victoria y la dicha: bella esperanza que solo debia ser el preludio de mis amargos desengaños.»

Tan pronto como acabó Pardo la carrera de jurisprudencia en la universidad de Lima, incorporóse en el Colegio de Abogados, y se consagró al ejercicio de esta profesion. Sus relaciones de familia y las templadas ideas políticas y literarias predominantes en la escogida tertulia del ministro de Estado don José María de Pando, nacido tambien en Lima, pero educado en el seminario de Nobles de Madrid, hicieron á nuestro nuevo jurisconsulto asiduo concurrente á ella. Natural era que un jóven de las circunstancias de Pardo, tan amante de la justicia y del órden como de la buena literatura, se gozara en cultivar la amena sociedad de personas tan distinguidas y tan enemigas del desenfreno demagógico. Entre otros hombres de mérito frecuentaban la casa del ministro Pando (alma del gobierno de aquella época), amén de su compañero don Andrés Martinez, con quien compartia la jefatura del partido que aspiraba á realizar la reforma por medio del principio de autoridad, el discreto escritor gaditano don José Joaquin de Mora y el esclarecido poeta, honra de Guayaquil, don José Joaquin de Olmedo, cuya oda á *La victoria de Junin* goza justamente de extraordinaria celebridad en todos los pueblos del nuevo mundo que hablan la lengua española.

Nada más grato para un jóven amante de las buenas letras, habituado á respirar en la sana atmósfera literaria de Lista y de sus mejores discípulos, que dar pasto á su noble aficion en el diario comercio intelectual con hombres como el doctor Olmedo, el literato Mora y el estadista Pando. Este habia escrito ya por entonces en versos sueltos su *Epístola á Próspero*, menos térsa que las de Jovellanos y Moratin, á quienes procura imitar, pero en la que hay cierto sabor clásico y alguna pintura no indigna del héroe Bolivar, cuyas victorias canta, y al cual pide que cumpla su mision, que arroje el casco y la coraza, que revista la cándida toga y dé al pais leyes sábias, justas, estables,

Dócil á inspiraciones de Minerva.

El trato con personas tan instruidas fué para el jóven Pardo muy provechoso. Continuacion de los buenos estudios y tradiciones literarias de la Península,

hízole conservar puro el gusto y no descuidar la belleza del estilo ni el castizo sabor del lenguaje, que tardaron poco en empezar á desnaturalizarse y corromperse en manos de los extranjerizados ó ensoberbecidos escritores de la nueva democracia sud-americana. En este y en otros particulares, la sabrosa tertulia del ministro Pando sirvió de mucho á nuestro abogado limeño. Á la sombra protectora de tal mecenas, logró entrar ventajosamente en la vida pública, donde su claro talento y sus condiciones de carácter habian de ir poco á poco abriéndole honradamente paso á los más encumbrados puestos de la nacion.

Á los veinticuatro años de edad, en 1830, comenzó á servir en la secretaría de la legacion del Perú en Bolivia; y antes de cumplir los veintiseis desempeñó ya el cargo de oficial mayor del ministerio de Hacienda, á las órdenes de don Andrés Martinez, jefe supremo de aquel departamento del Estado. Por la misma época redactaba el periódico político *El Conciliador;* y ahora, atendiendo á cumplir con celosa actividad las obligaciones propias de uno ú otro empleo, ya ocupado en la redaccion de dicho periódico ó del que llevó por título *El Mercurio peruano*, ya, en fin, ejercitándose en la práctica de la abogacía, llegó al año de 1835, sin descuidar entretanto sus predilectas aficiones literarias. Á esta época de su vida corresponden sus composiciones poéticas más determinadamente clásicas, como nacidas al amor y gusto de la escuela sevillana de que era Lista ferveroso adalid y autorizado representante. Tales son la elegía *En la muerte de Joaquina;* la oda *Al señor don J. J. de Olmedo;* las sátiras *El carnaval de Lima* y *A Salvagio;* gran parte de sus poesías lijeras, como las letrillas *El Ministro* y la *Corrida de toros*, y otras varias de que haré mencion en su debido lugar. Tambien pertenecen á ese mismo período sus comedias *Frutos de la Educacion* y *Don Leocadio*, justa censura de malas costumbres indígenas, que ocasionó al autor muchos disgustos, al extremo de decidirle á renunciar al teatro y á dejar inédita otra comedia del mismo género titulada *Una huérfana en Chorrillos*. Verdad es que tampoco ofrecian entonces gran estímulo al cultivo de la dramática las continuas y desastrosas revueltas que enlutaron el Perú de 1832 á 1835, manteniendo en perpétua excitacion los ánimos y apartándolos de cuanto pudiera fomentar los tranquilos goces del espíritu.

MANUEL CAÑETE.

EL GENERAL TROCHU.

Trochu, decia el mariscal Bugeaud, hablando de su ayudante de campo favorito, tiene triplicado talento para hablar, para escribir y para vencer.

Efectivamente, este general usa de la palabra y maneja la pluma con tanta facilidad como la espada. Es un héroe en la guerra y vale como soldado, como jefe y desempeñando cualquier comision, aunque sea difícil y requiera conocimientos que no son comunes en un militar.

Es uno de aquellos hombres de quienes dice la Bruyere que conocen todos los oficios y tienen nociones de todo, asemejándose á aquellos romanos que eran al mismo tiempo togados y guerreros.

Nació Trochu en el año de 1815 y fué colegial de Saint-Cyr hasta 1837 ingresando en la escuela de Estado mayor, en la que permaneció tres años. Habiendo pasado á la Argelia, comenzó á dar pruebas de su valor en los combates, distinguiéndose en el de Sidi-Yusef, donde su uniforme fué atravesado por cuatro balas: allí mereció ser ascendido á capitan en el mismo campo de batalla. Asistió á la batalla de Isly, despues de la cual el mariscal Bugeaud le agregó á su Estado mayor, distinguiéndole con una gran amistad.

Trochu se distinguió tambien en la guerra de Crimea, portándose bizarramente en la batalla de Alma, donde recibió una herida de gravedad, y poco despues, en el asalto de Sebastopol, ganó con la punta de su espada el grado de general de division y la cruz de comendador de la Legion de honor, de la que llegó á ser gran oficial en 1851. A la sazon tenia Trochu cuarenta y cuatro años.

Todas las ocasiones de alcanzar victorias que se le han presentado, ha sabido aprovecharlas; su comportamiento en la guerra de Italia ha confirmado esta verdad, por lo que es uno de los generales franceses de mejor reputacion.

Como escritor ha merecido tambien grandes elogios, especialmente por su magnífica obra titulada *L'Armée française* (El ejército francés), que es un escelente trabajo sobre la organizacion del ejército, y contiene ideas y apreciaciones de gran mérito. El autor se aparta de todo linaje de rutinas, prescinde de las apreciaciones de la crítica y pide las reformas que su patriotismo le dicta. Esta manera resuelta de manifestar sus pensamientos ha herido algunas susceptibilidades.

Como director del personal en el ministerio de la Guerra, se distinguió mucho este general, y dejó en él grandes recuerdos por su capacidad administrativa.

Al empezarse la guerra franco-prusiana, no quiso el mariscal Leboeuf utilizar sus servicios y su valor, enviándole á las márgenes del Rhin, y le dejó en Tolosa, alejado del teatro de la guerra; pero las circunstancias le hicieron necesario al frente de las tropas que combaten la invasion prusiana, siendo destinado á mandar el 12.º cuerpo del ejército que se formaba en Chalons.

Un decreto fechado el dia 17 del corriente y publicado en *El Diario oficial*, nombra al general Trochu gobernador de Paris y general en jefe de todas las fuerzas encargadas de la defensa de la capital.

El general Trochu es de corta estatura, como sus paisanos los bretones; en su fisonomía se hallan caracterizadas la osadía y la franqueza; sus ojos son pequeños y brillantes, y su frente es espaciosa y da una idea de su clara inteligencia.

EL GENERAL COUSIN DE MANTAUBAN,

CONDE DE PALIKAO.

Uno de los hombres de gran importancia y significacion que tiene la Francia, es hoy el general Cousin de Mantauban, valiente general que en muchas ocasiones ha sabido demostrar sus dotes militares, y muy especialmente en la campaña de China, cuya gloria le pertenece.

Cousin de Mantauban, que debe á sus hazañas militares el título de conde de Palikao, y es además senador y gran cruz de la Legion de honor, tiene hoy sesenta y cuatro años de edad.

Los primeros pasos de su carrera le dieron renombre en la Argelia, donde se distinguió siendo oficial de caballería, y ascendiendo rápidamente hasta llegar en 1865 á general de division, destinado al mando de la de Constantina.

La fama de este bravo militar proviene de la espedicion francesa á China, cuyo mando en jefe le fué encomendado. Entre los brillantes episodios de aquella campaña, merecen citarse la toma de los fuertes de Takon en la embocadura del Peiho el 20 de agosto de 1860, la victoria de Palikao, la toma del palacio de Verano y la entrada de las tropas francesas en Pekin. Estos hechos de armas enaltecieron al general que fué recompensado con los títulos de nobleza y la elevada categoría que hoy tiene en el ejército francés.

Despues de su regreso á Francia, tomó el mando del 8.º cuerpo de ejército, cuyo cuartel general estaba en Lyon, donde permaneció hasta que, por órden del ministro de la Guerra Leboeuf, dejó dicho mando para tomar parte en la actual campaña, que debia ser la veinte y nueve, y continuacion de sus cuarenta y tres años de servicios efectivos.

Pero antes de que el conde de Palikao fuese al teatro de la guerra á añadir nuevos timbres á su alta reputacion militar, los desastres ocurridos en Wissemburgo y Forbach causaron en Paris la natural sensacion, y la impopularidad del ministerio que preparó la campaña llegó á su colmo. El pueblo frances, al manifestar en las Cámaras su ansiedad y justo descontento, provocó una crisis ministerial, cuya resolucion se verificó con la premura que exigian las circunstancias.

La emperatriz de los franceses, de acuerdo con el emperador, designó entonces al conde de Palikao para que fuese á Paris á formar y presidir el nuevo ministerio. En su consecuencia, presentóse aquel en la capital del imperio, haciendo desde Lyon un viaje rapidísimo, pues segun han asegurado algunos periódicos llegó á caminar á razon de 25 leguas por hora. La organizacion del nuevo ministerio se verificó inmediatamente, y, sancionados los nombramientos por la opinion pública y por la actitud del Cuerpo legislativo, solo se ha atendido y se atiende en la actualidad á la salvacion de la pátria, invadida por el enemigo.

El general Cousin de Mantauban goza hoy de gran prestigio y en él se fundan las esperanzas de la Francia. Las disposiciones que adopta, su celo y su actividad merecen los elogios de la prensa.

Las tendencias anti-imperialistas que se han atribuido al conde de Palikao van tomando cada dia un carácter más acentuado, ó á lo menos demuestran en este una gran indiferencia hácia el emperador: en prueba de ello podremos citar las palabras que ha pronunciado en una de las últimas sesiones del Cuerpo legislativo, asegurando que, «el general Bazaine era el solo jefe de las fuerzas del ejército,» palabras que fueron bien recibidas por la generalidad de los diputados.

Tales son las noticias que hoy podemos ofrecer á nuestros lectores respecto á los antecedentes de un hombre destinado á figurar en primera línea entre los llamados á decidir la salvacion ó la ruina de la Francia.

EL GENERAL LADMIRAULT.

El general Ladmirault es otro de los jefes del ejército francés que con razon ha llegado á la alta gerarquía que hoy tiene en la milicia.

Del mismo modo que la mayor parte de sus compañeros de armas, ha sabido demostrar en muchas ocasiones su valor y su suficiencia; pero tiene además un carácter especial que le singulariza, y hasta le hace distinguirse notablemente en el grupo de los demás generales.

Efectivamente, Ladmirault, despreciando las rutinas y prescindiendo de ciertos principios teóricos que constituyen la educacion de un jefe militar, se lanza al combate y en él adopta las disposiciones que en el momento juzga necesarias, siendo tal su acierto, que nunca se escapa á su penetracion, cuál es el punto vulnerable por donde puede ser herida la division que manda. Sabe prever el peligro y evitarle con órdenes oportunas de tal manera, que siempre los soldados que han estado á sus órdenes, abrigaron la confianza y la seguridad del triunfo.

Para Ladmirault no hay maniobra militar que sea difícil, domina al punto el campo de batalla, y juega con los regimientos, haciéndolos avanzar y retroceder, animándolos en el ataque, conteniéndolos cuando les ve correr á un riesgo, y colocándolos á su antojo en el punto donde los considera necesarios.

Uno de sus biógrafos, dice que Ladmirault emplea una táctica propia y especial que desespera á sus adversarios en general, y al príncipe Federico Cárlos de Prusia en particular, pues habiendo éste escrito un libro que se titula: *Arte de combatir á los franceses*, necesitaria aprender la táctica militar de Ladmirault, para poder añadir un nuevo capítulo á su obra.

Dudamos, sin embargo, que pueda ser objeto de enseñanza el don ó golpe de vista que posee este general para adivinar la intencion del enemigo, y para acudir á su encuentro con la más fria seguridad.

Este don y las cualidades de buen militar que le han hecho distinguirse desde los primeros combates en que tomó parte, han brillado más y más en Africa, en Italia y en Solferino, en cuya batalla mandaba la primera division del primer cuerpo de ejército. Aquel dia su comportamiento fué heróico. Puesto á la cabeza de los regimientos que impacientes deseaban la señal del ataque, dió principio á las maniobras, y cuando la batalla habia comenzado y ya el estruendo de la artillería y el humo de la pólvora llenaba los espacios, Ladmirault, con semblante tranquilo, dictaba sus órdenes que se ejecutaban matemáticamente y ponia en práctica con la mayor facilidad las maniobras que debian conducirle inevitablemente á la victoria. Dos veces herido por las balas austriacas, continuaba en su puesto con inquebrantable valor, pero una tercera herida, de mayor gravedad, que recibió en un hombro, le obligó á retirarse del combate. Conducido á un montecillo, donde se hallaba establecida la ambulancia, siguió desde allí observando los movimientos del enemigo y los ataques de su division, sin acordarse de sus heridas hasta que vió que los franceses eran dueños de las alturas de Cavrana, donde el enemigo

LA GUERRA.—SOLDADOS PRUSIANOS.

Infantería de línea. Coracero. Husar. Granaderos de la guardia.

LA GUERRA.—EL GENERAL BARON DE MOLTKE, MINISTRO DE LA GUERRA Y JEFE DE ESTADO MAYOR DEL EJÉRCITO PRUSIANO.

había situado sus posiciones. Entonces hubiera podido esclamar: «*Yo estoy herido; pero ellos huyen.*»

El general Ladmirault, es un discípulo de la escuela guerrera fundada por los franceses en Africa en 1830, y hoy se halla á la cabeza del cuarto cuerpo del ejército del Rhin. Los últimos telégramas recibidos en Paris hablan de las tropas de Ladmirault que con su jefe se hallan en los alrededores de Metz, entre los rios Mosa y Mosela.

SARBRUCK.

Esta pequeña ciudad, teatro de las primeras batallas de la guerra que hoy preocupa á todo el mundo, está situada en la orilla izquierda del Saar. Su poblacion no escede de 12.000 almas, y la principal industria de Sarbruck consiste en la esplotacion de las minas de carbon de piedra que se encuentran en sus cercanías. Antes de romperse las hostilidades, la compañía francesa del ferro-carril del Este consumió gran parte de aquel producto, cuya esplotacion ha representado en estos últimos años la crecida suma de siete millones de thalers ó sean 105 millones de reales.

Entre las citadas minas se encuentra la llamada *Montaña de fuego*, célebre por haberse incendiado en 1870 y continuar ardiendo todavía.

La ciudad que nos ocupa, despues de haber pertenecido á Francia en diferentes épocas, fué cedida á su rival la Prusia por uno de los tratados de 1815. No há mucho, al inaugurarse la campaña, Sarbruck, como recordarán nuestros lectores, cayó en poder de los franceses; mas hoy, despues de las sangrientas batallas que han tenido lugar en la frontera, han vuelto á ocuparla los prusianos. El grabado de la página 276 representa su entrada en la referida ciudad.

EL BARON DE MOLTKE.

Entre las figuras que atraen la atencion general durante el terrible conflicto que con espanto presencia la Europa, quizá no hay ninguna de mayor interés que la del personaje cuyo nombre encabeza estas líneas. Su prestigio es enteramente contrario al de todos los otros que pelean: es el prestigio del misterio.

Acababa el mundo de contemplar hace pocos años la terrible campaña que en solo siete dias habia dado al traste con la preponderancia del imperio austriaco, y todos se preguntaban asombrados:—¿Quién es el Wauban, quién es el Napoleon, quién es el Wellingto de Sadowa?—Ni al rey Guillermo, ni al príncipe Federico, ni al príncipe Cárlos, ni á ninguno de los que con tanto valor como fortuna habian peleado contra el Austria, se les queria atribuir la direccion suprema de la jornada: el instinto público buscaba un nombre á quien referirse fuera de las filas. Entonces, por primera vez, fué pronunciado el nombre de Moltke.

Poco enterados los pueblos latinos de la organizacion interior de los pueblos germánicos, ignoraban la mayor parte que en Alemania hay dos ministros de la guerra: el que administra el ejército y el que lo manda, el que lo organiza y sostiene, y el que lo distribuye y lo hace pelear. El primero era en Prusia Roon, el segundo Moltke. Ni el rey, ni los príncipes, ni los generales, pues, habian vencido al Austria más que con su brazo: la cabeza habia sido Moltke.

Cárlos Bernard, baron de Moltke, jefe hoy del Estado mayor del ejército prusiano, nació en Gnewitz (Mecklemburgo), el 26 de octubre de 1800.—Abrazó desde muy jóven la carrera de las armas, ingresando de subteniente de infantería en el ejército dinamarqués, del cual dejó de formar parte en 1822 por haberse incorporado al de Prusia, en el que obtuvo el

ascenso inmediato. En el ejercicio de estas funciones dió Moltke las primeras pruebas de su peculiar talento para el estudio de la estrategia militar, y sus mismos jefes, adivinando en el jóven teniente al ilustre general que hoy es el alma, si así puede decirse, del ejército prusiano, sus mismos jefes, repetimos, le decidieron á ingresar en el cuerpo de Estado mayor, por conceptuarle como el más á propósito para el completo desarrollo de las estraordinarias facultades de que estaba dotado. Pocos años despues fué nombrado capitan y en 1835, á ruegos del sultan Mahmoud, el gobierno prusiano le otorgó una licencia ilimitada para que pudiera encargarse de reorganizar el ejército otomano, con arreglo á las teorías de la estrategia moderna, cuyos estraordinarios progresos son en gran parte obra suya.

Desempeñando aquella honrosa mision, Moltke se distinguió notablemente en la campaña de Siria, recibiendo en recompensa, al regresar á Prusia, el nombramiento de edecan del príncipe Enrique. En 1855 fué elevado á la categoría de mayor-general, y dos años despues elegido jefe del cuerpo de Estado mayor.

El baron de Moltke es sin duda alguna el general contemporáneo que más se ha distinguido en la aplicacion de la estrategia llamada de gabinete. Desde Berlin, y sin salir de su despacho, desarrolló, hasta en sus menores detalles, el gran plan de campaña coronado con el triunfo de Sadowa. No se dió un solo paso en aquella memorable jornada, sin que por medio del telégrafo lo indicase el gran pensador que sobre los mapas seguia las operaciones de los dos ejércitos.

Enfermo y achacoso, aun cuando disfrutando de toda la energía de su alma, concibió en el retiro de su estudio uno de los planes más atrevidos y más criticados de las guerras modernas; pero coronado este plan de éxito asombroso, toda la fuerza de la Prusia se puso ciegamente en sus manos. Desde entonces meditó, sin duda, el plan análogo que habia de emplear en la inevitable guerra con Francia, y vióselo más de una vez recorriendo las provincias francesas del Rhin y las fortalezas de Metz y Strasburgo, en su traje ordinario de paisano y como el curioso que visita monumentos notables.

Vuelto á Berlin el filósofo, debió manifestar á su rey que la guerra, por todos temida y por todos esperada, podia ya hacerse sin dificultad alguna; y esto esplica la presteza con que Guillermo I, aun no esperando agresion tan inmediata de Napoleon III, pudiera, sin embargo, aceptar el guante en el momento que se le arrojaba.

Moltke vuelve á desaparecer de la escena de los combatientes para ocupar su misterioso puesto de director civil de la campaña. Ignórase á ciencia cierta si está en el campo ó en la ciudad, si acompaña al rey en el Estado mayor dentro de un coche, ó si permanece en Berlin dentro de un gabinete. Él no dirige partes, ni á él se le dirigen órdenes: podria decirse con fundamento, que ó no existe, ó que no hace falta para nada. Sin embargo, esta vez, como la otra, Moltke descuella sobre los que pelean, y á él se le adjudican las victorias.

Su vida particular es tan modesta como su vida pública, y las frases jactanciosas que estos dias se le atribuyen deben ser falsas, por lo que en una correspondencia prusiana hemos visto. Parece que al saberse la victoria de Wisemburgo, un cortesano de los que acompañan al rey cometió la indiscrecion de preguntarle á Moltke delante de todos:

—Y bien, señor general, ¿estais contento?

Moltke dijo sencillamente:

—Por una parte sí y por otra no. Las patatas que me dieron esta mañana eran esquisitas; pero el pan de centeno es insoportable.

ORÍGENES DEL CONFLICTO FRANCO-PRUSIANO.

(1866-1869.)

II.

SADOWA Y SUS CONSECUENCIAS.

(1866.)

(Continuacion.)

La noche misma de la batalla de Sadowa, Benedek solicitó un armisticio, que le fué negado, no porque se estuviese en disposicion de volver á tomar la ofensiva, sino porque no se queria dejar al Austria punto de reposo y facilitarle así los medios de traer de Italia las tropas que la batalla de Custoza habia dejado libres. Los prusianos se detuvieron en los alrededores de Pardubitz, y Benedek se retiró sobre Olmütz con el resto de su ejército, que se halló reunido en aquel punto el dia 9, á escepcion del cuerpo de Gablenz y de la caballería, que fueron dirigidas inmediatamente sobre Viena.

En este intervalo, ó mejor dicho, con anterioridad, el emperador Francisco José se habia dirigido al emperador Napoleon, llevando el Véneto como prenda de la mediacion que solicitaba; merced á lo cual la alcanzó, y la noticia fué publicada en 5 de julio. Esta mediacion fué aceptada por el rey Guillermo, pero subordinando la conclusion de un armisticio á la aceptacion prévia por el Austria de ciertos preliminares de paz, cuya base era preciso fijar ante todo; y á conseguirlo aplicaron sus esfuerzos los embajadores de Francia en Viena y en Berlin.

Continuaban, sin embargo, en este tiempo las operaciones militares. Los prusianos se habian vuelto á poner en marcha desde el dia 6, y Praga, que no estaba defendida, fué ocupada el 8, permaneciendo el 6.º cuerpo delante de Josepshtadt y Kœnisgrætz. El príncipe real tuvo que seguir al alcance de Benedek hasta Olmütz, al paso que los otros dos ejércitos marchaban sobre Viena por Brunn é Iglau.

El dia 13 de julio, el cuartel general del rey de Prusia se hallaba en Brunn, á donde vino á reunírsele M. Benedetti. En el mismo dia, el archiduque Alberto, vencedor de Custoza, que habia sido llamado apresuradamente á Viena, tomó el mando de todas las fuerzas austriacas. El 15, el príncipe Federico Cárlos amenazaba ya la línea de Lundemburgo y el príncipe real llegaba á la altura del Olmütz. Benedek, en peligro de ser cortado, recibió órden de replegarse sobre la capital por la Hungría y Presburgo; pero su retaguardia se encontró con un fuerte destacamento de caballería prusiana enviado por el príncipe real para tomar á Prerau, y hubo varias acciones en este punto y en Tobitschau, retirándose los austriacos despues de haber dejado 1.000 prisioneros y 20 cañones en poder del enemigo.

El dia 16, el príncipe Federico Cárlos ocupó á Lunderburgo, y el príncipe real, que le seguia á 14 millas de distancia, se hizo dueño del ferro-carril: con todo, la marcha de los prusianos sobre Viena, en columnas tan prolongadas y por caminos tan difíciles, no habia dejado de ofrecerles sérios peligros, si el enemigo hubiese estado en disposicion de oponerles la menor resistencia; pero el ejército de Italia empezaba á llegar, y era en la orilla izquierda del Danubio donde el nuevo general en jefe austriaco habia resuelto concentrar sus fuerzas, concretándose, en la márgen derecha, á fortificar la cabeza del puente de Florisdorf.

En 18 de julio, el cuartel general del rey de Prusia fué trasportado á Nickolsburgo, á 10 millas de Viena, no distando las avanzadas más que 3 millas de la capital, de donde podian distinguirse sus hogueras. El príncipe real se habia reunido al grueso del ejército; y de este modo los prusianos, veinte y cinco dias despues de su entrada en Bohemia y quince dias despues de Sadowa, se hallaban reunidos delante de Viena. Su efectivo ascendia á 200.000 hombres; mas con los refuerzos que empezaban á llegar, no tardaria en componer un total de 245.000 hombres; á cuyas fuerzas el archiduque Alberto podia oponerles á lo sumo, contando con los 60.000 soldados llegados de Italia, 200.000 hombres, en parte desorganizados, para defender el Danubio, en una estension de 20 millas; y aun estas fuerzas no pudieron reunirse hasta el dia 27, época en que las negociaciones habian producido ya un resultado.

El 20 de julio se convino en una suspension de armas de cinco dias, que debian empezar á contarse desde el 22 á las doce del dia, y que vino á interrumpir en Blumeau la última accion de guerra, que tuvo lugar entre el 2.º cuerpo austriaco y el príncipe Federico. Firmáronse el 26 los preliminares de paz, en Nickolsburgo, y el 29 el rey de Prusia tomó la vuelta de Berlin.

Demos á conocer ahora el curso que siguieron estas negociaciones y el tratado que fué su inmediata consecuencia. Los plenipotenciarios austriacos habian llegado el 22 de julio al cuartel general prusiano. Aceptados en principio por ambas partes los preliminares que habia recomendado Napoleon, la suspension de armas podia quedar resuelta y proseguirse con actividad la conclusion del armisticio, como se hizo en efecto. Los negociadores de los Estados secundarios habian acudido tambien á Nickolsburgo, tanto más deseosos de hacer la paz, cuanto mayores eran los temores que abrigaban acerca de las condiciones que les serian impuestas. No sin dificultades fueron admitidos á presencia del conde de Bismarck, que los recibió con altanería manifiesta, y aun se asegura que dijo á Mr. de Pfordten, al verle entrar: «Si yo quisiera, podria hacerle á usted prisionero.»

Los confederados intentaron al principio acercarse al Austria; pero ésta, descontenta, y no sin motivo, de la parsimonia con que habian secundado sus armas, los acogió friamente, y dejó ver muy pronto que, á escepcion de la Sajonia, no pensaba intervenir eficazmente en favor de ninguno de ellos, y que trataria por sí sola. No era tampoco en la union donde los Estados secundarios podian hallar el apoyo que les faltaba: la guerra no habia hecho más que irritar sus recíprocas desconfianzas y los dejaba más aislados que nunca; hallándose de esta suerte á merced del vencedor, que, esquivando primero el oirlos, los espantó despues con las exigencias que dejó traslucir.

La reunion tenia por objeto discutir un armisticio; más con su habitual resolucion, Bismarck planteó inmediatamente las cláusulas definitivas de la paz. Presentábanse por ambas partes dos condiciones *sine qua non:* «El gobierno prusiano exigia que el Austria saliese del cuerpo germánico y reconociese el engrandecimiento territorial de la Prusia en el Norte, así como el nuevo órden de cosas que se proponia sustituir á la disuelta Confederacion. El Austria, por su parte, no queria consentir en ninguna cesion de territorio, escepto Venecia, y juzgaba que Sajonia habia de restituirse á su antigua integridad.» Como existia la firme resolucion de sostener estas proposiciones, que no tenian, por lo demás, nada de contradictorias, cada una de las partes se apresuró á aceptar las de su adversario viniendo á ser la base de los preliminares de paz firmados en Nickolsburgo, el 26, al mismo tiempo que un armisticio de cuatro semanas. La Prusia se comprometió á obtener el consentimiento de Italia, tan luego como el Véneto le fuese entregado.

Eran, en efecto, las pretensiones inoportunas del gabinete de Florencia el único obstáculo que se oponia á la conclusion de un armisticio definitivo. El emperador Napoleon hizo declarar el 29, que en lo que á su gobierno concernia, el Véneto estaba asegurado á la Italia, para entregársele despues de la paz. Desde entonces las negociaciones se continuaron con actividad estraordinaria, y no habiendo que arreglar sino algunos puntos de detalle, la paz fué firmada en Praga el 23 de agosto.

Por el tratado de Praga el emperador de Austria consentia en la reunion del Véneto al reino de Italia, reconocia la disolucion de la Confederacion germánica y daba su consentimiento á una nueva organizacion de los países alemanes sin la participacion del Austria. Prometia igualmente reconocer la union federal más estrecha que el rey de Prusia fundaria al Norte de la línea del Mein, y declaraba acceder á que los estados alemanes situados al Sur de esta línea contrajesen una union que tendria una existencia internacional independiente, y cuyos lazos nacionales con la Confederacion del Norte serian objeto de un convenio posterior entre ambas partes. «El emperador de Austria transferia al rey de Prusia todos los derechos que la paz de Viena de 30 de octubre de 1864 le habia reconocido sobre los ducados de Slesvig y de Holstein, con la sola reserva de que las poblaciones de los distritos del Norte del Slesvig volverian á reunirse á Dinamarca, si manifestaban este deseo por medio de un voto libremente emitido. Accediendo á los deseos del emperador de Austria, el rey de Prusia se declaraba dispuesto á dejar subsistir la Sajonia en su estension actual, reservándose tan solo regularizar por medio de un tratado la posicion de este reino en la Confederacion del Norte; en cambio de lo cual el emperador de Austria prometia reconocer las modificaciones territoriales que haria la Prusia en el Norte de Alemania.» El Austria pagaba á la Prusia una indemnizacion de veinte millones de thalers, cuyo pago debia tener lugar en dos veces, en el término de tres semanas á

contar desde que las tropas prusianas evacuasen el territorio del imperio. El tratado de comercio de 11 de abril de 1865 quedaba en vigor provisionalmente, conviniendo ambas partes en entenderse lo más pronto posible para revisar esta acta en el sentido de conceder mayores facilidades al comercio de los dos paises. Finalmente, una comision debia reunirse en Francfort para liquidar en seis meses los créditos de la antigua Confederacion.

Esta comision se reunió, en efecto, seis semanas despues del canje de las ratificaciones. En cuanto á la antigua dieta federal, abandonó á Francfort en 11 de julio, al acercarse las tropas prusianas. Habia empezado ya á introducirse la division entre los confederados: los enviados de las ciudades anseáticas dejaron de tomar parte en las sesiones desde el 29 de junio, y los de los estados del Norte, que habian aceptado la alianza con Prusia, se retiraron sucesivamente. El resto de la dieta se trasladó á Augsburgo, donde se reunió en 18 de julio, ocupándose principalmente de regularizar la posicion de los empleados federales y separándose definitivamente el dia 4 de agosto.

En tanto que se concluia el tratado de Praga, proseguianse en Berlin las negociaciones con los estados secuadarios. M. de Pfordten habia obtenido para la Baviera que se le permitiese acceder al armisticio de Nickolsburgo, y habia salido garante del consentimiento de los demás estados del Sur. Enviáronse, en su consecuencia, plenos poderes al general Manteuffel, y los armisticios estuvieron concluidos muy en breve; pero la Prusia anunció que no consentiria en negociar colectivamente con los confederados, sino que discutiria separadamente con cada uno de ellos, en Berlin, las condiciones de la paz.

Llegó para estos Estados el momento de las más terribles angustias. Todos se creyeron amenazados en su integridad territorial y en su autonomia; y á la verdad, no eran vanos sus temores, pues se trataba de desmembramientos muy considerables: pedíase á la Baviera nada menos que 20 millones de thalers y varios distritos de 500.000 habitantes para arriba. El gabinete de Munich, no teniendo nada que esperar del vencedor, y viéndose sin apoyo en Alemania, invocó la intervencion de la Francia, á la cual acudieron igualmente los demás Estados del Sur, escepto el gran ducado de Baden, que negociaba por su lado.

No permaneció sordo á este llamamiento el gabinete de las Tullerías, dando principalmente todo su apoyo á la Sajonia, que era la que con más urgencia lo necesitaba, pues si bien se habia garantizado en Nickolsburgo la integridad de este reino, las condiciones de esta integridad habian quedado indeterminadas, y las que Prusia pretendia imponer eran tan rigorosas, que Sajonia hubiese conservado una nacionalidad y una autonomia puramente nominales. No habia en Alemania gobierno más honrado y más sinceramente liberal, ni pueblo más homogéneo y más capaz de una vida independiente; y sin embargo, fueron menester las poderosas influencias que se unieron á la Sajonia para impedir que Prusia la anexionase primero y la absorbiese despues en la futura confederacion del Norte, de que debia formar parte. Habia en estas exigencias del gabinete de Berlin tanto resentimiento como cálculo. M. de Beust, cuya personalidad era particularmente desagradable en Prusia, se habia visto recusar como negociador, y creyéndose desde entonces un obstáculo á arreglos menos desfavorables, se retiró del ministerio; pero la negociacion no fué por eso menos laboriosa, y cuando terminó, todos los demás Estados habian tratado ya mucho tiempo hacia.

Por lo demás, no eran estos los únicos intereses que ocupaban á la sazon al gabinete de Berlin, que tenia siguiendo paralelamente dos negociaciones muy distintas. Una de ellas, que acabamos de indicar, tenia por objeto concluir la paz con los Estados beligerantes, y la otra arreglar la alianza con los pueblos llamados á formar parte de la nueva confederacion sancionada por el tratado de Praga. El conde de Bismarck, con su actividad ordinaria, puso inmediatamente manos á la obra, y no queriendo dejar ningun intervalo entre la conclusion de la paz y la realizacion de las ventajas que ella le prometia, llevó adelante á un mismo tiempo estos dos negocios. Ciertos estados, como la Sajonia por todas sus posesiones y la Hesse por sus distritos, situados al norte del Mein, se hallaban empeñados en una y otra negociacion. Ambas se rozaban hasta el punto, que es imposible resumir útilmente los resultados de la primera, sin haber dado á conocer la segunda.

Sabido es que el 16 de junio de 1866, la Prusia habia invitado, por medio de notas idénticas, á los pequeños estados del Norte á celebrar con ella una alianza basada en los principios de reforma comunicados en 10 de junio, y que, escepto Reuss y Sajonia-Meiningen, todos aceptaron. El 4 de agosto, el gobierno prusiano les dirigió, en forma de circular, un tratado idéntico, destinado á regularizar la situacion, y por medio del cual los firmantes concluian una alianza ofensiva y defensiva para el mantenimiento recíproco de su integridad territorial y de su seguridad interior y esterior. Debian fijarse los términos definitivos de esta alianza en una constitucion federal, elaborada, con arreglo á los principios del 10 de junio, por plenipotenciarios de los estados aliados, reunidos en Berlin, y votada por un parlamento, que se convocaria de acuerdo con la Prusia y conforme á la ley del imperio de 12 de abril de 1849. Los firmantes se obligaban solidariamente á la defensa comun; las tropas aliadas debian ponerse bajo el mando supremo del rey de Prusia, y los recursos que cada gobierno habia de aprontar, serian objeto de convenios particulares. La duracion de la alianza se fijaba en un año, caso de que un nuevo pacto federal no se adoptase en el intervalo. Estos tratados, que fueron luego la base de la Confederacion del Norte, se firmaron en 18 de agosto.

Las negociaciones para la paz se hallaban á la sazon muy adelantadas. Wurtemberg habia tratado el 13 de agosto, Baden el 17, la Baviera trató el 22, la Hesse el 3 de setiembre, Reuss el 25 de setiembre, Sajonia-Meiningen el 8 de octubre y Sajonia real el 21. Todas estas actas, concebidas con el mismo propósito, están redactadas, poco más ó menos, por un modelo uniforme.—Los estados se adherian, cada uno en su particular, á las estipulaciones de Nickolsburgo, en cuanto se referian al porvenir de Alemania; reconociendo de este modo la Confederacion del Norte y las adquisiciones territoriales de la Prusia. Manteniase en vigor el Zollverein, con la condicion de que las partes pudiesen suspender ó destruir sus efectos denunciándolo con anticipacion. Los derechos de navegacion por el Rhin y por el Mein quedaban suprimidos, y diversas comisiones debian reunirse para mejorar el servicio de las vias férreas. Finalmente, se asignaban á la Prusia indemnizaciones de guerra; quedando subordinada la evacuacion de los territorios que ocupaban los prusianos al pago de estas indemnizaciones, exibles en un término máximun de dos meses (1).

Por las disposiciones particulares concernientes á cada uno de estos Estados, la Baviera cedia á la Prusia dos distritos cerca de Orb en Spessart y Kaulsdorf, situado cerca de Ziegenruck, que formaban una poblacion de 34.000 habitantes. La Hesse Darmstad cedia el landgraviato de Hesse Homburgo y algunos fragmentos de territorio destinados á completar las comunicaciones de Prusia con el Wetzlar, y se adheria á los convenios que se estaban celebrando entre Prusia y el príncipe de Tour y Táxis para la administracion de los correos del gran ducado, la cual pasaba desde luego al gobierno prusiano. Este se reservaba además la facultad ilimitada de establecer y esplotar líneas telegráficas en el gran ducado de Hesse, quien en último término se adheria, por sus distritos situados al Norte del Mein, al tratado de 18 de agosto, constitutivo de la confederacion del Norte, en cambio de lo cual adquiria algunas porciones de territorio por la parte de la Hesse superior. Sajonia-Meiningen y Reuss se adhirieron al tratado de 18 de agosto. La Sajonia real se adhirió igualmente, pero tuvo que aceptar al mismo tiempo un conjunto de disposiciones particulares, sumamente vejatorias.

Reservábase la Prusia un poder discrecional en todos los asuntos militares, en tanto que se terminaba la reorganizacion que habia de ponerlos bajo su dominio. La Sajonia debia ser ocupada por guarniciones mistas, escepto la de la fortaleza de Kœnigstein, que seria esclusivamente prusiana. Los telégrafos quedaban en manos de la Prusia, y ella tenia derecho á intervenir en todos los arreglos postales que en lo sucesivo se verificasen. Finalmente, el rey de Sajonia se obligaba, por un protocolo firmado en 21 de octubre, á trasferir á los agentes diplomáticos prusianos la representacion de la Sajonia cerca de las córtes donde no mantenia legaciones ó donde estas se hallaban á la sazon vacantes; y ofrecia al mismo tiempo trasmitir á sus agentes en el extranjero instrucciones concebidas de modo que la Sajonia se adhiriese fuertemente en lo sucesivo á la política prusiana. Segun se ve, la nacion sajona pagaba bastante cara su autonomia.

A pesar de todo, y por considerables que fuesen estos resultados, no parecian suficientes al gobierno de Prusia, y no paró hasta alcanzar mayores ventajas. Habia tenido que sufrir la línea del Mein y dejar á los Estados del Sur la facultad de un arreglo ulterior y de una union restringida; mas era preciso que Prusia estableciese allí su influencia, y mientras tenia aun aquellos estados en su poder, no quiso abandonarlos sin haberse asegurado el porvenir. Despues de sujetarlos por el lazo de los intereses materiales, reservándose la facultad de modificar el Zollverein, les impuso tratados de alianza ofensiva y defensiva, que tenian por objeto ostensible la garantía de los territorios recíprocos, y que en caso de guerra le daban el mando de todos sus ejércitos. Estos tratados, que se firmaron en 17 de agosto con Baden, en 22 con Baviera y en igual fecha con el Wurtemberg, quedaron por el momento en el secreto más profundo. La Prusia los habia hecho aceptar, alarmando aquellos estados con las pretensiones probables de la Francia, las cuales no era posible satisfacer sino á espensas de los estados en cuestion, que no tendrian fuerzas para rechazarlas aisladamente, á pesar de que la opinion sobrescitada protestaba contra ellas.

El peligro de un desmembramiento y el temor de perder la popularidad decidieron á los gobiernos del Sur. En cuanto á las peticiones de compensacion de la Francia, de que tanto se ha hablado, su lenguaje anterior así como la actitud adoptada posteriormente por ambos gobiernos, autorizan las conjeturas. Lo cierto es que si la cuestion se llegó á plantear, no salió de las negociaciones confidenciales; pero solo el influjo de proposiciones de esta naturaleza, esplica á un mismo tiempo la moderacion inesperada de Prusia respecto de los estados del Sur, y la facilidad con que estos se echaron en sus brazos.

Resumamos ahora en pocas palabras los resultados de la guerra. La hegemonía completa del Norte de Alemania; la direccion militar del Sur desde luego y su direccion económica preparada para el porvenir; el Austria dominada, escluida del cuerpo germánico, debilitada por mucho tiempo; una supremacía esclusiva sobre toda Alemania: tales eran las ventajas políticas alcanzadas por la Prusia. El Hannóver, la Hesse electoral, el Nassau, Francfort y algunos territorios menores, formando una estension de 1.300 millas cuadradas con 4 millones y medio de habitantes anexionados á la monarquía; su poblacion total aumentada en una cuarta parte y elevada á 24 millones de almas; 61 millones de thalers (228.250.000 pesetas) de indemnizaciones de guerra; puertos militares; un desarrollo marítimo posible; un territorio homogéneo, compacto y coherente: estas fueron las ventajas materiales que iban unidas, para la Prusia, al prestigio de sorprendentes y decisivos triunfos, preparados con tanta habilidad y aprovechados con una decision tan rápida y tan poco escrupulosa.

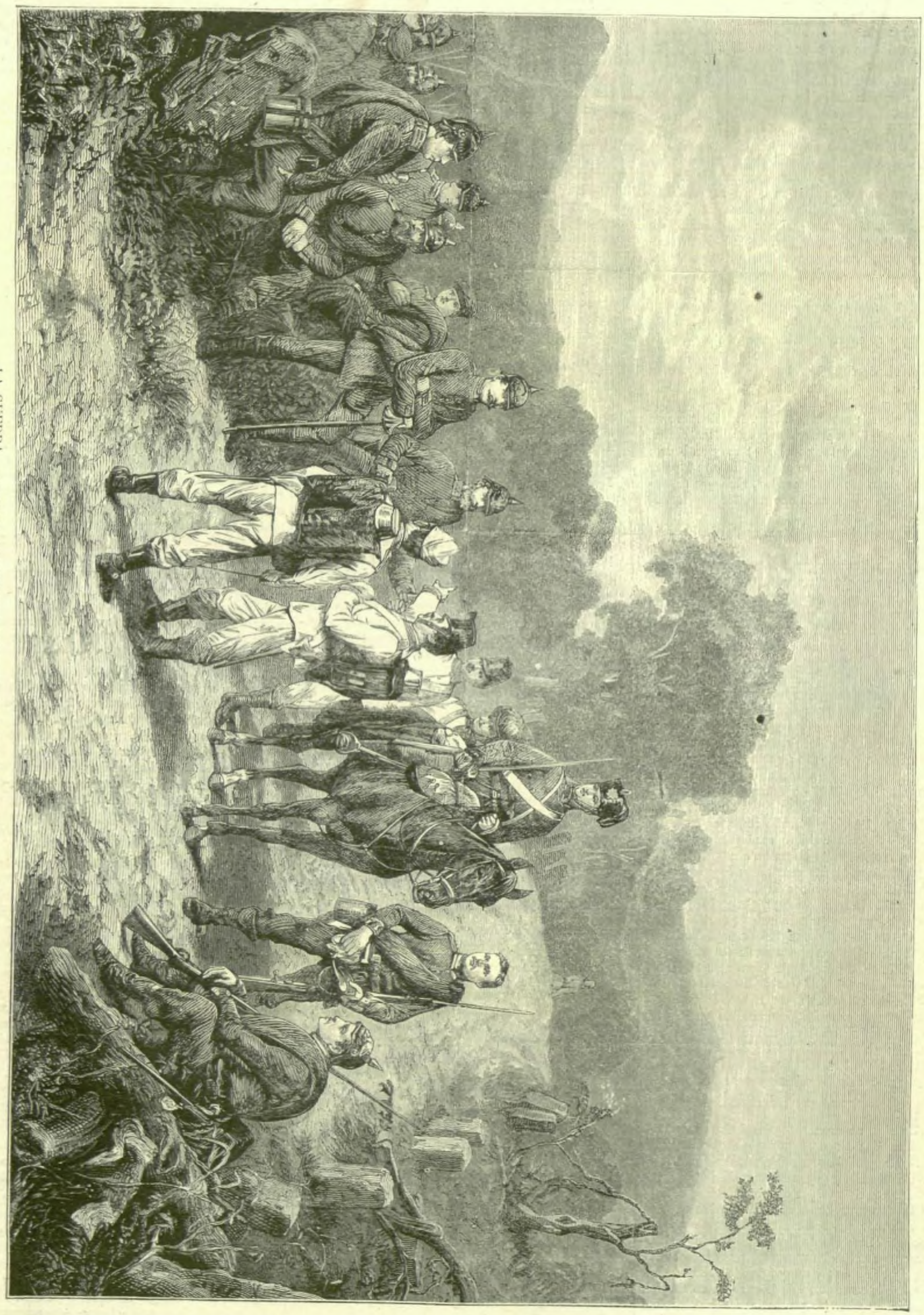
J. M. y L.

(1) El Wurtemberg tuvo que pagar 8 millones, Baden 6 millones, la Baviera 30 millones, la Hesse 3 millones de florines y la Sajonia 10 millones de thalers.

CAMPAMENTO PRUSIANO

EN LAS CERCANÍAS DE SAINT-AVOLD.

La poblacion de Saint-Avold, cercana á Metz, y los campos que la rodean, han perdido su aspecto pacífico y tranquilo desde los primeros dias en que estalló la guerra franco-prusiana. Destinados primero á servir de campamento á las tropas francesas, han venido despues á constituir el centro de operaciones de algunos cuerpos de los ejércitos prusianos y hoy permanecen estos dueños de aquel territorio. El grabado que ofrecemos en este número á nuestros lectores, representa uno de los campamentos prusianos, situados en las colinas que se estienden á los lados del



LA GUERRA.—AVANZADA ESPLORADORA PRUSIANA, EN LAS INMEDIACIONES DE GRAVELOTTE.

LA GUERRA.—CAMPAMENTO PRUSIANO EN LAS CERCANÍAS DE SAINT-AVOLD.

pueblo de Saint-Avold. La situacion de las tropas, el humo de los vivacs y el movimiento que reina en torno de las tiendas, ofrecen un aspecto animado y pintoresco, cuya contemplacion seria muy grata si el cuadro no llevara consigo el recuerdo de una guerra desastrosa é inhumana.

Mientras tanto el interior de la poblacion presenta un aspecto sombrío. Sus habitantes retirados en sus casas ocultan á los dominadores el odio de raza que les devora, y lloran en silencio las desdichas de su pátria, hallándose en tanto sometidos á la voluntad del vencedor.

LA GUERRA.—ASPECTO DEL BOULEVARD MONTMATRE AL SABERSE EN PARÍS LA DERROTA DE LOS FRANCESES EN FORBACH.

MINISTERIO DE EDUCAO

LA FE DEL AMOR.

NOVELA

POR

DON MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

(CONTINUACION.)

XIV.

RECRUDESCENCIA.

¿Qué habia pasado en la entrevista de Gabriela y Estéban, en aquella temeraria entrevista provocada por un resto de recelo del Pintado?

Vamos á saberlo.

Estéban ocupaba en el piso principal de la alcaidía un aposento con tres piezas.

La una era una antesala oscura: la otra una sala cuyos dos balcones correspondian á uno de los patios más tristes de la cárcel: la otra pieza era una alcoba.

Estas tres piezas estaban amuebladas de una manera decente.

Elena, sin que lo supiera Estéban, pagaba bien.

Estéban creia que aquellos gastos los soportaba el Pintado.

El aposento era tal vez el mejor de la alcaidía.

Pero era muy triste.

El patio á que daban sus balcones era estrecho y alto.

Se sufria allí el ruido de los presos que ocupaban el patio, sus carcajadas, sus blasfemias, sus riñas, sus cantares.

Aquello era horrible.

Solo despues de puestas del sol, cuando se encerraban los presos, se gozaba de calma.

Pero en el momento en que amanecia volvia aquel estruendo chillon, discordante, repugnante, insoportable.

Es cierto que en la alcaidía de la cárcel del Saladero puede gozarse de una alegre sociedad, y que desde sus balcones ó sus rejas se ve la calle de Hortaleza, que es muy concurrida.

Pero Estéban no queria la sociedad de hombres más ó menos criminales.

No queria confundirse con ellos.

Él se sentia inocente.

Por lo mismo se habia aislado.

Para llegar á su cuarto, era necesario pasar por las habitaciones del alcaide.

Su causa era muy grave y se le vigilaba muy de cerca.

Estéban, para sufrir lo menos posible el ruido del patio, tenia siempre cerradas las vidrieras de los balcones que estaban cubiertas por cortinillas; lo que amenguaba un tanto la luz ya débil.

Á los presos, por una prudente precaucion, no se les permite fuego.

Se tolera luz á los de la alcaidía.

Por lo demás, aguantan el frio, ó se meten en la cama.

Esto era lo que hacia Estéban.

Aquel invierno era muy frio.

Él se lo pasaba en la cama.

Solo, irritado, aterrado por una acusacion contra la cual nada habia podido probar, en la que todos los indicios y todos los cuerpos de delito estaban contra él, aislado, sin ver más que de tiempo en tiempo, muy de tarde en tarde, al bueno del tio Loperas, que no podia dejar fácilmente su establecimiento, con alguna más frecuencia á su prima, y más frecuentemente al Pintado, aunque así pasándose muchos dias de una visita á la otra, Estéban, cuya virtud no era ciertamente la paciencia, estallaba.

El juez y el escribano le encontraban en una muy mala disposicion.

Así es que los insultaba.

Una criada bastante guapa del alcaide, que le servia la comida, hubiera podido dulcificar la situacion de Estéban, que seguia siendo á pesar de todo libertino; pero la criada era novia de un calabocero, y practicaba por él una fidelidad berroqueña.

Estéban habia acabado por aborrecer á la doméstica.

Por tener en ella un nuevo motivo de irritacion.

En cuanto á Elena, no habia dejado de amarla; pero estaba profundamente ofendido.

En vano el tio Loperas y el Pintado le decian que Elena le amaba cada dia más, que le creia inocente, y que si no le veia ni aun le escribia, era por respeto á las conveniencias.

Estéban era voluntarioso, y no reconocia estas conveniencias.

—Si ella estuviera en mi lugar, decia, lo que me alegro mucho que no sea, yo no me pararia en las conveniencias.

Gabriela habia ido recobrando su imperio en el alma de Estéban.

Él se acusaba de haber sido para con ella infame.

Él sentia remordimientos, ya lo hemos visto, por su conducta, respecto á ella.

Despues su corrupcion... él recordaba la inmensa hermosura de Gabriela.

Solo allí, consigo mismo, triste, desesperado, su imaginacion le divinizaba á Gabriela.

El Pintado le decia:

—Gabriela te envia sus recuerdos: no viene, porque no tiene valor para verte en esta desgracia; pero no te olvida: es tan sinceramente amiga tuya como yo.

Otras veces le decia:

—Toma dos pañuelos: los ha comprado para tí Gabriela: ella misma los ha cosido.

Cuando se quedaba solo Estéban, besaba frenético aquellos pañuelos y lloraba.

Otras veces eran chorizos, un jamon, una confitura que Gabriela le enviaba.

Gabriela no sabia nada de esto.

El Pintado representaba una horrible comedia.

Llevaba la venganza hasta lo repugnante.

Conocia el mundo.

Era preciso que Gabriela fuese un sufrimiento más para Estéban.

Éste se sorprendió cuando entró la criada del alcaide y le dijo:

—Vamos, alégrese usted, hombre: una buena moza, que se ha puesto colorada como una cereza cuando ha preguntado por usted, viene á verle.

El corazon le dió un salto, y salió sin miramiento del lecho.

—Pero usted no la recibirá así, digo yo, esclamó la doméstica.

En efecto, Estéban estaba en ropas blancas.

Suponemos que no nos leerá una inglesa.

Si nos lee que nos perdone

—Supliquela usted que espere un momento, dijo Estéban.

Su pensamiento estaba fijo en Elena mientras se ponia las ropas esteriores.

—Ha tenido lástima de mí, dijo.

Se vistió en tres minutos.

Salió á la antesala, y al ver á Gabriela se detuvo, permaneció inmóvil, asombrado, mudo, convertido en una estátua.

—¿Y él? dijo.

—Vengo sola, contestó Gabriela.

—¡Ah! ¡mi pensamiento, mi voluntad, te han traido! ¡entra, ven!

—Me ha traido su mandato.

—¿Su mandato?

—Sí.

La voz de Gabriela era opaca, concentrada.

—Pero él ignora...

—¡Todo! esclamó Gabriela sosteniendo la comedia.

—¡Oh qué hermosa! ¡qué hermosa! esclamó Estéban: ¡yo he estado loco! ¡yo te adoro!... ¡oh, alma mia, vida de mi vida!

—Yo creo, dijo Gabriela, que todo eso ha sido un sueño.

—¡Un sueño!...

—Peor aun... una pesadilla... pero las pesadillas pasan, nos dejan por algun tiempo dolor en la cabeza y en el corazon, luego se olvidan.

—Y tú te has olvidado...

—Completamente, hasta el punto de que me parece imposible lo que ha sucedido.

—¿No me amas ya?

—No te he amado nunca.

—¡Gabriela!

—Lo he comprendido cuando he amado, cuando he sabido lo que sentia por tí y lo que siento por él.

—¡Le amas!

—Con toda mi alma.

—¡Oh! ¡mentira! ¡te he ofendido, y te vengas!

—No, por cierto: me eres de todo punto indiferente.

—¡Indiferente yo!

—Sí, por cierto: he venido á verte, porque él me ha dicho, él, que nada sabe:—Gabriela, Estéban se queja de que no le has hecho ninguna visita, es el amigo que más queremos (¡él te cree un amigo!); vé á verle.—Yo quise venir con él: él me dijo:—No, tengo que hacer mucho en Madrid: vé tú sola: ¿qué importa? ¿no es el desgraciado como de nuestra familia?—Yo no insistí, no quise esponerme á que sospechara por eso he venido.

—Tú mientes, Gabriela, dijo Estéban: yo no te soy indiferente, no: lo veo en tus ojos.

Y la asió las manos, y la miró frente á frente.

Los ojos de Gabriela tenian algo de vaguedad, algo de turbacion.

Habia estado demasiado enamorada de Estéban, y tenia miedo á la prueba.

Aun no estaba bien curada.

—No, yo no te soy indiferente, repitió Estéban mirándola con ánsia: no, ó me amas con más fuerza que nunca, ó me aborreces: te pones pálida, tiemblas: no te atreves á mirarme.

—Pues bien, sí, dijo Gabriela; te aborrezco: concluyamos de una vez: yo me voy: ya he hecho el sacrificio de verte por no escitar preguntas suyas: él hubiera estrañado que yo me negara á verte; mis respuestas me hubieran tal vez vendido: adios.

—¡Qué crueldad tan horrible con un hombre que se encuentra en la situacion en que yo me hallo!

—Yo lo siento, lo siento con toda mi alma, dijo Gabriela, porque no llevo mi aborrecimiento hasta el punto de desearte una fin miserable; pero no he sido yo quien te ha puesto en esta situacion: si no hubieras tenido que venir á Madrid...

—¡Ah! ¡tú tienes celos! ¡tú me amas!

—¡No! ¡yo te amo! cuando me he visto abandonada, despreciada, pospuesta á otra; cuando me he vuelto á él; cuando he encontrado en él amor, adoracion, frenesí, me he arrepentido: he comprendido que el único hombre que me adoraba, que era capaz de todo por mí, era él: he comprendido que yo debia hacerle feliz, y al fin me he sentido apasionada tambien de él... te lo repito: lo que ha pasado entre nosotros ha sido una pesadilla: tú eres indigno de ser amado: tú llamas tu amigo al hombre á quien has ofendido; tú estrechas su mano; tú recibes sus beneficios: ¡oh! ¡y las mujeres, ¡insensatas! que ven que el amigo hace traicion al amigo por ellas, y no temen ser ellas víctimas un dia de una traicion! ¡que quieran ser respetadas cuando ellas no han respetado nada!

—¡Ah! ¡yo estaba loco! ¡yo estoy loco por tí!

—¿Y estabas loco cuando me abandonaste á la desesperacion por otra? ¿cuando me humillaste por otra?

—¡Ah! una falta que he pagado demasiado cara: ¡mira dónde estoy! ¡inocente, porque yo soy inocente! yo no he matado á nadie, yo no he robado á nadie.

—Sí, dijo Gabriela: tú has matado mi corazon, tú me has robado mi honra.

—¡Oh! ¡si he matado tu corazon, no le tiene él!

—Sí, sí le tiene: le tiene entero, enamorado; pero en mi corazon hay una herida incurable.

—Tú no te entiendes, Gabriela; tú te contradices.

—¡Le amo! ¡estoy loca por él! esclamó Gabriela: él es el único hombre á quien he amado: tú me alucinabas, me fascinabas, me embriagabas: tú eras mi ángel malo; pero lo que yo sentia por tí no era amor.

—Sí, sí: ¡tú me has amado como no me ha amado ninguna mujer! ¡acuérdate que me decias, delirante de amor: te adoro como adoro á mis hijos!

—¡Oh! ¡mis hijos! ¡mis hijos! esclamó Gabriela: ¡si no fuera por ellos!

Y rompió á llorar.

Pero inmediatamente sus lágrimas se secaron.

—¡Tú sabes cuánto amo yo á mis hijos! esclamó.

—Sí.

—¿Creerás lo que yo te jure por la vida y por el alma de mis hijos!

—Sí.

—Pues bien: ¡yo adoro á Juan! ¡le adoro, le amo, estoy loca, ciega por él! ¡por la vida, por el alma de mis hijos te lo juro!

—¡Ah! esclamó Estéban, irritado hasta un punto horrible: ¡tú me has engañado! yo tenia remordimiento, porque creia que eras infeliz: yo no vivia, yo no reposaba: tus lágrimas, que yo suponia, me abrasaban el corazon: creia que... ¡oh! ¡sí! creia bien merecido ese error de la justicia, que me sacrifica, porque creia que te habia matado el alma! ¡pero tú eres feliz!

—No, porque me mata mi conciencia.

—Pero ¿él nada sabe?...

—No. .

—¡Lo sabrá!

—¡Estéban!

—Sí: hoy he estado á punto de confesárselo todo... no me he contenido más que por tí... consuélate... ¡ah! ¡no! ¡no! ¡tú eres feliz! no, no lo serás: lo sabrá él todo, se irritará... y bien, yo le diré: sal; busca dos puñales: nos mataremos aquí.

—¡No, Dios mio, no! esclamó Gabriela, que se encontró con otro ser tan terrible como ella, tan terrible como su marido: no, Estéban, no: no aumentemos el horror: ¡ah! ¡eres terrible! dice bien el juez: ¡él ha cometido el crimen! ¡sí! ¡él es capaz de ello!

—Sí, capaz de vengarme: oyes: te voy á decir lo que yo siento: ¡amo á Elena, oyes! la amo como tú le amas á él: con toda mi alma; pero no puedo recordarte sin estremecerme, sin volverme loco, al recuerdo de tu hermosura: tú me fascinas.

—¡Ah! esclamó Gabriela viendo en las palabras de Estéban una esplicacion de lo que pasaba por ella misma: ¡adios!

—¡No! ¡no! dijo Estéban: yo no sé lo que siento por tí; pero no puedo vivir sin tí... acuérdate... yo amaba ya á Elena é iba á verte á Alcorcon... iba de noche; atravesando los campos, esponiéndome á todo: ¿comprendiste tú, sospechaste acaso que yo amase á otra!

—¡Oh, Dios mio! esclamó Gabriela levantando sus magníficos ojos al cielo. ¡Estamos malditos!

Y palideció, y cayó desvanecida en los brazos de Estéban.

Este la roció con agua el semblante.

Gabriela volvió en sí.

—¡Tú volverás, tú volverás! ¿no es verdad? la dijo Estéban.

—¡Oh! ¡yo no lo sé! esclamó Gabriela desesperada.

—Tú volverás... si no vuelves, yo me vengaré... nos mataremos los dos.

—¡Oh, sí! ¡volveré! ¡volveré!

—¿Tú me amas, no es verdad? ¿tú me adoras? yo no amo á Elena, como te amo á tí... no: ha sido, fué una fascinacion, el alucinamiento de un instante: una falta: ¡yo te creia segura! ¡un capricho, Gabriela, que tomó la forma del amor! ¡pero tú, alma mia, mi diosa, mi vida! ¡oh! ¡si tú no me amas, yo muero!

—Pues bien, te amo y te aborrezco, esclamó Gabriela: yo no sé lo que pasa por mí: tú eres un demonio tentador; pero sí, sí, yo te amo, esclamó Gabriela viendo una especie de amenaza en los ojos de Estéban.

Gabriela sucumbia á su soberbia.

Se habia además corrompido.

Lo más terrible del adulterio es que corrompe á la mujer porque la degrada.

Un ser humano puede levantarse de una falta; pero no puede purificarse de una corrupcion.

La corrupcion corroe.

Hace monstruosos á los séres.

Ellos no recobrarán la forma que tenian antes de corromperse.

Gabriela y Estéban estaban en el mismo caso.

Él habia encontrado el amor de su alma en Elena.

Ella en el Pintado.

Unidos á su amor, y separados el uno del otro podian olvidarse.

Una vez juntos, un amor distinto, el amor sensual debia arrastrarlos el uno al otro.

Satanás dominaba la situacion.

Cuando se ha estraviado el corazon humano, se comprende que muchas que parecen aberraciones por ante el sentido comun, por ante la observacion profunda, no son sino la cosa más lógica y más natural del mundo.

—Escucha, escucha, alma mia, rubia de mis ojos, niña de nácar, esclamó Estéban mirando enamorado á Gabriela, que le escuchaba palpitante y como olvidada de todo: escucha, diosa: hace algunas noches, una palomita blanca, una mariposa diminuta vuela sobre mi cabeza: no es de esas que vienen á morir en la luz, como yo voy á morir en tus ojos negros: ¡no! era una de esas palomitas que traen buena ventura.

—¡Ah!

—Sí: anoche vino: se acercó á mí más que nunca: tocó mi cabeza con sus alas: era que yo te iba á ver: era que yo iba á saber que tú me amabas más que antes: era que tú estás más hermosa que nunca.

—¡Ah, maldito! esclamó Gabriela sonriendo: tú eres mi perdicion.

—¡No, corazon mio, no! tu salvacion: oye: yo no me fiaba ya de la palomita: estaba tan triste... pero ella me ha traido al fin una buena noticia: has venido tú, y creo en mi mensajera de felicidad: voy á dormir tranquilo recordando nuestra reconciliacion: ¡oh! ¡sí! ¡tranquilo! tengo la seguridad de que se descubrirá todo; de que se reconocerá mi inocencia; de que aparecerá el misterioso asesino de aquella maldita vieja: ¡ah! yo seré absuelto, y volveré al pueblo.

—¡Oh, Dios mio, no! esclamó cediendo á su temor Gabriela.

—¡Ah! ¡no quieres que yo sea absuelto! dijo penosamente Estéban.

—No, no es eso, añadió reprimiéndose Gabriela: ¡volver al pueblo! ¡allí está ella! te casarias con ella: yo no quiero verte casado con otra mujer.

—¡Ah! ¡y yo, yo habré de verte haciendo la felicidad de otro hombre!

—Oye, Estéban, esclamó Gabriela, que estaba poderosamente agitada: si se descubre al asesino, que yo creo que se descubrirá, porque Dios no puede permitir este horror, yo huiré contigo y con mis hijos.

—¡Ah! ¡sí, sí! esclamó Estéban.

—Así no tendremos celos el uno del otro, porque viviremos el uno para el otro; pero escucha, Estéban: no cometas ninguna imprudencia: ¡no, por Dios, no! que él no sepa jamás... yo vendré. . yo vendré á verte... no temas: yo te amo, yo te adoro... yo no amo á nadie mas que á tí... cuando yo he jurado por mis hijos, no juraba más que con los lábios: es que queria vengarme de tí, porque me has desgarrado el alma... ahora ¡adios, adios! piensa en mí.. yo no tardaré en volver.

Y Gabriela escapó.

—¡Oh! ¡Dios mio, Dios mio! esclamó bajando las escaleras de la cárcel: yo estoy perdida, yo estoy entre dos demonios.

(Se continuará.)

ARRESTO DEL CORRESPONSAL

DE UN PERIÓDICO FRANCÉS.

Es indudable que en el territorio francés se ocultan bajo variados disfraces algunos espias prusianos que, con grave riesgo de sus personas, prestan importantes servicios á los ejercitos invasores. Todos los dias nos hablan los diarios franceses de descubrimientos de espías, que, ya con vestiduras de clérigos, ya disfrazados de mozos de hotel, ya afectando ser labriegos de diferentes poblaciones, acechan las operaciones militares y dan cuenta al rey Guillermo de los planes y aprestos de su enemigo.

Esto está dando lugar á algunas equivocaciones que pueden ser fatales, y en el estado de agitacion en que se encuentra la Francia, no será estraño que algunos inocentes sean víctimas de meras sospechas ó de intencionadas delaciones.

Con este motivo, los corresponsales de algunos periódicos que siguen de cerca las operaciones militares de ambos ejércitos, no solo corren los riesgos de la guerra, sino que tambien se hallan espuestos á ser duramente castigados por sus mismos compatriotas.

Hace pocos dias que uno de estos corresponsales fué detenido en la puerta de Graffe de Nancy á consecuencia de una delacion hecha por unos paisanos demasiado celosos que le juzgaron desde luego como espia prusiano. Habia salido aquel de la ciudad con el objeto de dibujar un croquis que representa á un militar francés herido en una de las últimas batallas y rodeado por una familia caritativa que le dió asilo en su casa. Terminado su dibujo, al regresar tranquilamente á su hospedaje fué detenido por dos gendarmes y conducido á la presencia de la autoridad constituida en aquella ciudad.

Afortunadamente mediaron esplicaciones, y habiéndose dado á conocer el inocente prisionero, fué puesto en libertad, para que pudiese unir á su dibujo el croquis que incluimos en nuestro número de hoy, y representa el acto de su arresto.

EPISODIOS DE LA GUERRA.

Entre los grabados que ofrecemos hay á nuestros favorecedores, creemos que verán con gusto los que llevan por epígrafes: *Conduccion al cuartel general del mariscal Bazaine de dos oficiales prusianos aprisionados en una aldea cerca del Mosela despues de la batalla del 15.—Soldados prusianos.—Avanzada exploradora prusiana en las inmediaciones de Gravelotte.—Aspecto del boulevard Montmartre al saberse en Paris la derrota de los franceses en Forbach.*

En ellos se representan con la mayor exactitud los uniformes y armamento de las tropas del rey Guillermo, la actitud marcial de éstas, y el cuadro que ofrece una avanzada prusiana en el momento de esplorar los movimientos del enemigo.

El grabado de la página 285 representa otro episodio de la guerra ocurrido en Paris el mismo dia 5 en que allí se supo la noticia de la toma de Wisemburgo. Como desgraciadamente en Paris, como en todas partes, hay gentes que especulan con todo, y convierten en utilidad propia hasta las desgracias de su pátria, no faltó quien, aprovechando los momentos en que el pueblo parisiense esperaba con ansiedad algunas noticias de los primeros sucesos de la guerra, leyó en la Bolsa un falso telegrama anunciando que el ejército francés habia tomado á Landau. La noticia produjo un efecto de alegría indescriptible; y como los hombres siempre nos sentimos predispuestos á creer fácilmente todo cuanto no es favorable, nadie pensó en el primer momento sino en entregarse á la espansion más justa y patriótica.

Pero no tardó en cundir la noticia de la falsedad de aquel telegrama, y la realidad del que, poco despues, llegó anunciando la derrota del ejército francés en Forbach. La transicion fué violenta y con razon se sublevaron los ánimos al conocer el engaño hijo sin duda de una intencion miserable. Entonces el pueblo justamente indignado formó grupos amenazadores y recorrió algunas calles entregándose á los accesos de su cólera, buscando al autor de tan infame supercheria y dirigiéndose por fin á la embajada rusa, á la que quisieron asaltar creyendo que era la prusiana. En algunos sitios públicos fueron más violentas las iras populares, dando lugar á que el gobierno adoptara algunas precauciones, para evitar un conflicto que podia ser muy fecundo en escesos y desgracias.

Afortunadamente, y gracias á la intervencion de personas prudentes, pudo templarse la efervescencia de los ánimos, y por lo mismo que las últimas noticias de la guerra eran adversas, aconsejaron á sus compatriotas que no produjeran trastornos en tan críticas circunstancias; antes al contrario, que unidos bajo un mismo patriótico espíritu y al grito de «¡viva Francia!» acudiesen todos á la defensa de la honra nacional, pues de otro modo, las perturbaciones y desórdenes que ocurrieran en Paris embarazarian la marcha de las operaciones de la guerra. Estas exhortaciones, dirigidas á las masas en las calles, en los cafés y en aquellos sitios donde la agitacion se presentaban con más violencia, produjeron el efecto apetecido.

Las autoridades, en tanto, detuvieron á dos ó tres sugetos á quienes se les señalaba como propagadores de la noticia, con lo cual el órden se restableció en la ciudad, disipándose la tormenta que habia empezado á estallar con amenazador estruendo.

Por último, los prisioneros que figuran en el primero de estos grabados son dos oficiales prusianos sorprendidos en la madrugada del 16 en el acto de estar espiando las operaciones del ejército francés. Despues de ser interrogados en un caserío de la comarca por el jefe de un destacamento de caballería, han sido conducidos al cuartel general del mariscal Bazaine. Se cree que estos desgraciados habrán sido pasados por las armas. Tal es el rigor de las leyes de la guerra, y la severidad de las penas que se imponen á los que tienen el atrevimiento de acercarse á los campamentos franceses vistiendo el uniforme de los enemigos de su pátria.

ADVERTENCIA.

Á LOS SRES. SUSCRITORES DE CÁDIZ.

La Administracion de nuestro periódico en dicha ciudad, se halla esclusivamente encomendada al establecimiento de librería y depósito hidrográfico de los señores Verdugo y Compañía, plaza de San Agustin.

ANUNCIOS.

TESORO DE LA BOCA.

El elixir y polvos dentríficos del *señor Dueñas* (médico-cirujano-dentista), son uno de losmejores remedios para los padecimientos de la boca.

Bien conocidos del público por espacio de doce años, no necesitan elogios, pues las personas que los usan están bien satisfechas de sus buenos resultados.

Se venden en casa del autor, Carretas, 7, principal; calle Mayor, bazar de la Union, núm. 1, y gran bazar, núm. 2; Montera, 4, Skroopp; Peligros, 4, farmacia; Carretas 3 y 13, comercios; Leon, 13, farmacia de Ortega; Jacometrezo, 41, perfumería de Vivar, y Arenal, 16, librería.

En Valladolid, señor Reguera, farmacéutico, y Granada, perfumería de Reyes Católicos; á 10 reales frasco y 4 reales caja. Por mayor se hace mucha rebaja en el precio.

LA VELUTINA.

(CHARLES FAY.)

La Velutina es un polvo de arroz especial. Su preparacion al Bismuto le asegura sobre la piel un efecto saludable.—*La Velutina es adherente, impalpable* y absolutamente *invisible:* así es que da al rostro una frescura y un aterciopelado naturales. Precio 5 francos.

Una noticia ilustrada acompaña á cada caja.

La Velutina se encuentra en casa de todos los principales perfumistas y en casa del inventor.

CHARLES FAY, 9, rue de la Paix, en Paris.

EAU DES FÉES

PREPARADA

segun la fórmula del Dr. Moret.

El *Agua de la Hadas* resuelve de un modo definitivo el *problema* de teñir *progresivamente* el cabello y la barba. El *Agua de las Hadas* es la única que cumple lo que promete. Nada hay que temer del uso de esta agua milagrosa, llamada con tanta justicia *Agua de las Hadas*, cuya propagadora es MADAMA SARÁH FÉLIX.—Depósito general, 43, calle Richer, y en todas las perfumerías y peluquerías de Francia y del extranjero.

VICHY.

La compañía arrendataria del establecimiento termal de Vichy vende, además de las aguas de Vichy, todas las aguas minerales naturales conocidas.

Sales para baños de Vichy, pastillas digestivas, chocolate fabricado en Vichy con las sales estraidas de las fuentes bajo la inspeccion del Estado.

Administracion central: Paris, 22, boulevard Montmartre.—Depósito en las principales ciudades del mundo.

LA GUERRA.—ARRESTO DEL CORRESPONSAL DE UN PERIÓDICO FRANCÉS.

MADRID.
IMP. DE LA ILUSTRACION
Arenal, 16.

LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA
MUSEO UNIVERSAL.

Esta interesante publicacion, que cada dia alcanz aun éxito más lisonjero, sale los dias 13 y 28 de cada mes; pero deseosa la empresa de corresponder á las deferencias con que el público acoje sus tareas, ha empezado en el presente mes á publicar una série de *Suplementos* que contienen igual número de páginas que los números ordinarios, dando una estension grandísima á los acontecimientos actuales de la desastrosa guerra entre Francia y Prusia.

Cada número consta de 16 páginas, del tamaño de la *Ilustracion francesa*, con tantos grabados como ella y papel igual.

El texto y los grabados son de los más distinguidos escritores y artistas más sobresalientes españoles y estranjeros, y la edicion tan lujosa como la de los mejores periódicos de esta clase.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN MADRID: Un año, 25 pesetas; 6 meses, 13; 3 meses 7.
EN PROVINCIAS: Un año, 28 pesetas; 6 meses, 15; 3 meses, 8.

A LOS NUEVOS SEÑORES SUSCRITORES.

Reimpresos ya los números 2 y 3 de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA han sido remitidos á todos los señores suscritores á quienes se les habia dejado de servir por haberse agotado.

Los siguientes continúan reimprimiéndose y sucesivamente serán enviados.

El Administrador.

Madrid 25 de agosto de 1870.

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

Recomendamos esta publicacion á todas las señoras y señoritas, por ser esclusivamente para el bello sexo.

Su impresion es de lo más selecto que hoy sale á luz, no ya en España, sino hasta en el estranjero.

La profusion de sus dibujos para bordados y labores, así como los patrones de tamaño natural que con tanta abundancia reparte, hacen que produzca una economía estraordinaria en toda casa de familia, teniendo además la ventaja de que la moralizadora lectura de sus artículos y novelas tienden siempre á instruir deleitando.

PRECIOS DE SUSCRICION.

PRIMERA EDICION DE LUJO.

Con 48 figurines iluminados cada año y 24 patrones en tamaño natural: un año 40 pesetas, seis meses 20, tres meses 11,25, un mes 4.

SEGUNDA EDICION.

Con 12 figurines cada año y 18 patrones tamaño natural: un año 30 pesetas, seis meses 16,25, tres meses 8,75, un mes 3.

TERCERA EDICION.

Sin figurines iluminados y con 12 patrones tamaño natural: un año 20 pesetas, seis meses 10, 50, tres meses, 5,50, un mes 2.

CUARTA EDICION.

Sin figurines ni patrones: un año 15 pesetas, seis meses 8, tres meses 4,25, un mes 1,50.

En las islas de Cuba y Puerto-Rico. Un año 12 ps. fs., seis meses 7.
En las demás Américas y Filipinas. Por un año 15 ps. fs.